

## DOS VISITAS A MÉXICO... ¿UN SOLO PAÍS? LA MIRADA EN DOS LIBROS DE CHARNAY

José Roberto GALLEGOS TÉLLEZ ROJO\*

SUMARIO: I. *Una mirada.* II. *Los viajeros en México.*  
III. *Claude Joseph Désiré Charnay.* IV. *Conclusiones.*

### I. UNA MIRADA

#### 1. *¿Qué es mirar?*

¿Cómo se mira? ¿Cómo se ha mirado? ¿Podría decirse que la mirada, la manera de mirar es algo histórico, que cambia con el tiempo, que se modifica de acuerdo con los intereses y las visiones del mundo, con el incremento en la complejidad de tareas que se demandan al testigo, lo que supondría el cambio en la mirada e, incluso, el desarrollo de nuevas formas de mirar? Creo que, en términos generales, podría afirmarse, sin mayor reflexión, que sí; que el acto de mirar no puede ser entendido fisiológicamente, sino como un acto cultural “desde que el hombre es hombre”, pues, a través del sentido “biológico” de la vista, el ser humano, como hombre y como ser social, establece relaciones definitivas con su entorno, que le son útiles para aprehender, ubicar y definir la información procedente del ámbito natural o social al que pertenece, en el que se encuentra o con el que traba contacto. Así, la relación está empapada y se matiza —e incluso es tergiversada— por elementos derivados de las creencias, la formación y los prejuicios del sustrato común de una colectividad, es decir, por su cultura: lo cual implica que el fenómeno de la mirada sea un producto de la sociedad de donde proviene quien mira.

De este modo, dimensiones, formas, volúmenes, colores, características, detalles, todo parece ser aprehendido por la vista; empero, la acción

\* Instituto Cultural Helénico.

de traducirlos y expresarlos se realiza de acuerdo con los bagajes culturales, los lenguajes disponibles y las experiencias colectivas<sup>1</sup> que articulan las observaciones con diferentes prácticas cotidianas e interacciones sociales con el medio, que transforman lo visto y lo expresado en información útil para la acción de comunicación con los demás seres humanos.

Así, la “traducción” se realiza interpretando y expresando lo visto en términos de referentes culturales propios, lo que permite aumentar la comprensión, la valoración y la posibilidad de transmitir la experiencia de lo visto. Esa traducción traslada lo visto a dimensiones familiares, cercanas; y, en ese proceso, se opera una especie de “domesticación” de la realidad, que se transforma en algo manejable, ordenado, incorporable al bagaje individual, común: como “conocimiento” o como referente. De la misma manera que si hablásemos de teoría del conocimiento, “lo visto” convertido en dato no es neutro: se obtiene y se articula para ser utilizado por determinadas maneras de mirar, por teorías que buscan hallar lo que presuponen, confirmar o ampliar las ideas preexistentes.

Entonces, el producto de la mirada y la mirada misma se convierten en algo más que un acto cultural; se tornan un fenómeno de conocimiento que se asocia con cierta manera de mirar el mundo. De esta manera, la mirada se tiñe y se matiza por los “lentes” de lo que quiere o puede verse, de lo que el horizonte cultural e histórico del individuo —y su bagaje personal— le permiten contemplar. En una ampliación del refrán “no hay peor ciego que el que no quiere ver”, no habría más mirada ni más dato arrojado por la mirada que el que puede o desea verse: porque no podría hacerse ninguna observación más allá de lo voluntario o de lo posible, de lo que permiten la visión del mundo, los esquemas de conocimiento y las herramientas de que se dispone.<sup>2</sup>

1 En alguna crónica del siglo XVI se describía al río Amazonas como el “Guadalquivir crecido”. ¿Cómo, de otra manera, podría hacerse inteligible la dimensión de esa corriente de agua?

2 Uno de los ejemplos más interesantes que he visto al respecto está en los *Recuerdos del desarrollo de mis ideas y carácter* de Darwin (Barcelona, Nuevo Arte Thor, s.a., p. 62), porque deja claro precisamente ese hecho, se mira lo que se puede ver, lo que se quiere ver. Dice Darwin: “pasamos muchas horas en Cem Idwal y examinamos toda clase de rocas con gran cuidado, ya que Sedgwick se había propuesto encontrar en ellas fósiles; pero ninguno de los dos vio las maravillosas apariciones del fenómeno glaciario que nos rodeaban. Tampoco notamos las claramente rayadas rocas ni las rocas erráticas allí amontonadas o las morrenas laterales o terminales. Empero, estos fenómenos son tan evidentes que, como expliqué muchos años más tarde en un ensayo en el *Philosophical magazine*, una casa destruida por el fuego no podría contar su historia más claramente que este valle. Si aún estuviera ocupado por un glaciario, ese fenómeno hubiera sido menos evidente de lo que es hoy”.

Entonces, el problema de la mirada, de lo mirado, es trasladado a la cuestión de lo que quiere verse, lo que quiere transmitirse, lo que se busca, lo que se vio y, en última instancia, lo que puede o desea encontrarse.

Para los fines de este ensayo, lo significativo es preguntar por qué resulta importante intentar reconstruir lo que se ha visto, la manera como se ha visto y el resultado del acto cultural de ver: todo ello, en el caso particular de un par de libros de viajes, escritos con casi un cuarto de siglo de diferencia.

Mi propuesta pretende avanzar sobre la relación entre la mirada y los libros de viajes: más que para resolver una forma de construcción de conocimiento, para ahondar en lo que se dice y desde dónde se dice, específicamente en el caso de un hombre, como Charnay, que en su tiempo fue reputado como “experto” y que, sin lugar a dudas, contribuyó significativamente a la construcción de la imagen de México en Francia y en Europa. Así, el objetivo último de este trabajo es la mirada de quien mira, la importancia de la mirada de Désiré de Charnay.

## 2. *Mirar en la historia*

¿Importa mirar en la historia? El trabajo que se desarrolla con la mirada, mediante la observación, ¿no es una herramienta más propia de la etnología o de la antropología que de la historia? Máxime, al menos aparentemente, cuando se trata del reconocimiento de las características comunes y diferentes, iguales y disímiles, que hacen que una sociedad sea “humana” y que pueda ser clasificada como tal dentro de los esquemas imperantes (evolución, difusión, etcétera).

Cabría pensar en lo que escribió Herodoto en el primero de sus *Nueve libros de la Historia*: “esto puedo decir con certeza [...] habiendo visto”,<sup>3</sup> de donde puede desprenderse que lo único susceptible de escribirse y presentarse como un testimonio cierto y, por ende, verdadero, es aquello que *ha sido visto directamente* por el que escribe. Sin embargo, la posibilidad de dotar de verdad a la visión —así sea cuidadosa, detallada y corroborable— es matizada por el propio Herodoto: “habiendo llegado como testigo ocular [...] e investigando después de oídas”:<sup>4</sup> de donde podría

3 Herodoto, *Historias*, I, 140. Se ha consultado la edición de *Historias* en tres volúmenes de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1984.

4 *Ibidem*, II, 29.

desprenderse que el testimonio —la expresión de lo visto— sea enjuiciado como *verdadero* porque resulta sensible, lo que supondría la presencia del testigo/historiador, el haber estado “ahí” que le permitiese dar fe de verdad.

Pero, en segunda instancia, el testimonio tendría que ser completado por otro medio: el investigar, el profundizar por “oídas”, por lo que se le diga, por lo que se pregunte, que debería llevar a la confrontación de dos maneras de investigar. Por lo tanto, lo que se ve y lo que se oye, lo sensible, sería prácticamente garantía de objetividad, cuando no de verdad.

Sin embargo, el mismo Herodoto afina el sentido de esas palabras cuando sostiene que “lo digo, habiéndolo pensado yo mismo antes o habiendo escuchado de otros; y cuando yo lo tuve en mente, interrogué a ambos [...] y yo mismo lo deduje así”.<sup>5</sup> De esta manera, la información proveniente de los sentidos y lo que se investiga se someten a un proceso de corroboración, de crítica, que lleva a formular conclusiones, según se desprende del texto citado.

Al leer los *Nueve Libros*, se advierte con claridad que, para el llamado padre de la Historia, la mirada debe detenerse en los hechos significativos para la vida de los pueblos y, además, ha de atender a las costumbres, las lenguas, las historias y las tradiciones de cada pueblo. Después de esa compilación, los hechos son comparados, confrontados, criticados y valorados. Por todas estas razones resulta perfectamente justificado que Ángel Palerm iniciara con Herodoto su *Historia de la Etnología*.<sup>6</sup>

Partiendo del mismo Herodoto, sería preciso establecer cuando menos una distinción entre las diferentes posibilidades de mirar: desde pasar la vista superficialmente, en la cotidianidad, hasta la “observación científica” característica del mundo occidental, que atiende a distintas maneras de conjuntar el sentido de la vista con los demás sentidos, y a los diferentes esquemas y sistemas de pensamiento, para obtener datos y elaborar el conocimiento. Con el tiempo, esta forma llegaría a ser teorizada como forma epistemológica y filosófica en los esquemas realistas y, quizá, habría de desembocar en el método científico, en el que la mirada se aplica bajo estrictas normas, objetivas y repetibles, sostenidas por esquemas teóricos, metodológicos y filosóficos, cuya meta última es el descubrimiento de las leyes que rigen el mundo.

<sup>5</sup> *Ibidem*, II, 104.

<sup>6</sup> Palerm, Ángel, *Historia de la Etnología*, vol. I: *Los precursores*, México, Alhambra, 1987.

A su vez, al filo del siglo XVIII, con el descubrimiento y la invención de nuevas formas de organizar y entender la realidad, en particular la racionalidad de la Ilustración, el mundo aparece bajo nuevas luces: se le aplican nuevas lupas y es visto, leído, entendido, comprendido, aprehendido de maneras completamente diferentes. Todo es susceptible de ser clasificado, ordenado y sometido a la razón, gracias a la regularidad de las leyes. De hecho, parte importante de la indagación en el mundo físico y humano tiende a determinar esas leyes últimas y primeras que subyacen a la “realidad”. En ese medio, el mundo comienza a ser conocido de otra manera y puede, por ende, ser re-conocido. En términos de Voltaire, la historia podría ser la herramienta para descubrir las diferencias entre los hombres, sus costumbres, sus formas de vida, sus herramientas y formas de producción, y permitir el hallazgo de las causas y explicaciones de esos fenómenos.<sup>7</sup> Pero, al mismo tiempo, la búsqueda de los elementos que hacen humanos a los seres humanos puede derivar en filosofía, economía política o la nascente antropología. Y todas estas disciplinas, en mayor o menor medida, tenderán a mirar.

La mirada más inquisitiva es la europea, que se erige —merced a la revolución industrial, política, científica y filosófica de principios del siglo XIX— en el centro del orbe y que pronto, escasamente transcurrida media centuria, influye directa o indirectamente sobre casi todo el mundo. París y Londres pasan a ser las metrópolis de extensos imperios que se extienden a lo largo de África, Asia, Oceanía y, en menor medida, América. Así, para mediados de aquel siglo, los dominios imperiales y sus metrópolis construyeron el mapa del desarrollo y del atraso del mundo —excepción hecha de Europa— que conocemos y vivimos al filo del siglo XXI.

De esta manera, la Edad de la Razón mira desde el progreso hacia el atraso; desde la cima de la evolución a la sima de la decadencia, en la era del esplendor de Viena o de la épica napoleónica; desde la cumbre ciudadana de las victorias de las revoluciones y las restauraciones de 1848 o el esplendor industrial de finales del siglo, a la degeneración y el primitivismo del resto del mundo, que se teoriza como inferioridad racial,

<sup>7</sup> Cfr. Voltaire, *La Filosofía de la Historia*, estudio preliminar, traducción y notas de Martín Caparrós, Madrid, Tecnos, 1990. Quizá el capítulo VI sea uno de los más claros al respecto: *vid. ibidem*, pp. 26-31. No menos sorprendente, en ese sentido, resulta su *Diccionario filosófico*, 3 vols., México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1982.

histórica, social, religiosa, humana, que conlleva la condena absoluta de los “pueblos sin historia”.

Desde mediados del siglo XVIII, el mundo —especialmente Europa— se intuye, una vez más, no sólo redondo sino único, susceptible de ser conocido y de permitir la adquisición de una conciencia en la que, como testimonian afirmaciones de Smith o Marx, los grados de la interrelación y la interdependencia son tales que lo sucedido en cualquier parte del orbe repercute en el resto. El mundo puede ser viajado: Julio Verne supone que bastan solamente ochenta días. Las fronteras se trasladan al cielo, al mar, el centro de la Tierra o a la Luna, porque la superficie del globo terráqueo es insuficiente.

La información puede y debe ser difundida y conocida porque, además de proporcionar ilustración y ciudadanía, permite conseguir imperios. Los viajes y las crónicas se suceden y alimentan la noción de mundo. Éste se hace algo “manejable”, desde obras como *Las Aventuras de Escarmentado* o el *Cándido* de Voltaire, a las canciones de Goethe o los textos de Hegel. La noción de “buen” y “mal” salvaje anuncian la forma de comprensión de aquéllos que son distintos; y la “otredad” se convierte en una herramienta para señalar y destacar la diferencia y la inferioridad, con las consecuencias que podrían ser esperadas: la justificación de la conquista, la dominación y la subordinación.

## II. LOS VIAJEROS EN MÉXICO

### 1. ¿Qué es un viajero?

De acuerdo con el diccionario de la Real Academia, viajero se define como la “persona que hace un viaje”.<sup>8</sup> El diccionario enciclopédico Sopena agrega que viajero es aquella “persona que hace un viaje, especialmente largo, o por varios países o regiones, y particularmente la que escribe lo que ha visto y observado durante el mismo viaje”.<sup>9</sup> Independientemente de las características de sus escritos, en las obras de viajeros quedan plasmadas diferentes formas de la mirada, hijas de su mo-

<sup>8</sup> La voz “viajero, viajera” dice: “Que viaja. // Persona que hace un viaje. // Chile. Criado de una chacra encargado de ir a caballo a hacer los mandados”: Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 2 vols., 20a. ed., Madrid, Real Academia Española, 1984, vol. 2, p. 1,383.

<sup>9</sup> Al respecto, *vid.* la voz “viajero, viajera” en *Nueva Enciclopedia Sopena, Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, 5 vols., Barcelona, Ramón Sopena, 1960, vol. V, p. 996.

mento y circunstancia histórica concreta, una de cuyas dimensiones, plantea Said, es que son parte de procesos de construcción de las imágenes de una realidad que, al ser escrita, es domesticada, simplificada, subordinada y pierde su complejidad caótica, para ganar coherencia: una realidad que, al ser objeto de regulación a partir de valores, ideas y esquemas, constituye la base para estereotipos.<sup>10</sup> Así, la dimensión que me interesa de los viajeros es producto del momento histórico ligado a ciertas características del mundo europeo en el siglo XIX.

En el caso de México, una vez conseguida la Independencia, y a lo largo de todo el siglo XIX, llega al país una enorme cantidad de hombres de negocios, comerciantes, agentes imperiales, diplomáticos, agitadores, revolucionarios, colonos, exiliados, refugiados, damas de compañía, aventureros, conquistadores, soldados, literatos, científicos, diletantes, socialistas utópicos, artesanos, buscadores de fortuna, espías, saqueadores, antropólogos y, en general, curiosos de todo tipo y calaña que, a falta de mejor definición y más estudio, han sido clasificados y definidos como *viajeros*, porque tienen en común escribir el recuento detallado de sus travesías o estancias, y transmitir sus observaciones.

Generalmente, esos textos toman la forma de libros o de artículos, pero también aparecen en los diarios y en la correspondencia. En no pocas ocasiones, son accidentales los hechos de que se encuentren en estas tierras, que hayan sobrevivido o que escriban. Algunos se descubren verdaderos hombres de letras y revelan plumas magistrales, agudeza, perspicacia o ingenio. En otras ocasiones, sus viajes son deliberados e, incluso, patrocinados. Más de uno hace de los viajes su profesión, sea como explorador o expedicionario, si está al servicio de la ciencia; sea como espía o agente político, si se dedica a indagar sobre las características de la población, las costumbres, la riqueza, el gobierno, las simpatías de la gente de la región que visita. Más de uno es diplomático, que escribe sus experiencias: y sus esposas no se quedan atrás. La obra de varios de estos personajes sirve para establecer políticas imperiales, o es empleada como referencia en el momento de forjarlas.

Por la importancia que tienen, creo que puede afirmarse que el siglo XIX es el siglo de los viajeros. Antes no había muchos, después serán muchos menos. El género se pierde cuando las comunicaciones se hacen

<sup>10</sup> Vid. Said, Edward W., *Orientalismo*, Madrid, Prodhufi Librerías, 1990. En especial, el primer capítulo.

más fluidas, la información circula más libremente, cuando el libro ocupa un lugar diferente en la cultura y, sobre todo, cuando se desarrolla el fenómeno del turismo.

A las colonias novohispanas nunca llegaron muchos viajeros debido, fundamentalmente, al celo de las autoridades metropolitanas y locales; quien constituye la gran excepción, en casi todos los sentidos, es Alejandro de Humboldt cuyas observaciones, plasmadas en su célebre *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* y en sus *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indios de América*, cuando no “ilustran a la humanidad”, constituyen —en palabras de Viollet-Le-Duc—<sup>11</sup> hipótesis para los viajeros y los intrépidos exploradores decimonónicos. Su texto es de tal importancia que contribuirá a construir la imagen de México ante las elites gobernantes mexicanas.

Para que los viajeros aparezcan y para que se esfumen confluyen múltiples fenómenos: la necesidad de descubrir el mundo, con la ingenuidad y la sorpresa de los *Relatos de un cazador* de Turguenieff, el afán ilustrado de conocer el orbe; los sentimientos románticos de aventura o de crónica que develan, ante los ojos de los intelectuales liberales o conservadores, la nación que tienen, que habitan, que dirigen.

En ocasiones, las sumas de dinero, los apoyos oficiales, las encomiendas de sociedades científicas son tareas que justifican las avanzadas de reconocimiento en busca de nuevos espacios para la expansión y reproducción del capital, de los imperios, de los países. A mediados del siglo XIX, urge que el mundo sea aprehendido desde los esquemas del conocimiento moderno: por lo tanto, el orbe debe ser viajado y descrito de esa manera: muestra de ello son los trabajos de exploración en África y en los polos.<sup>12</sup>

Habría que hacer una importante distinción. Por una parte, quienes realizan trabajos de exploración y acometen tareas como reconocimientos cartográficos, de rutas y de pueblos; que investigan en ciencias naturales o resuelven agudas cuestiones como el origen de las fuentes del Nilo o la ruta a Timbuctú. Y quienes viajan con propósitos de viaje definidos y claros, como reconocer las ruinas antiguas. Por otro lado, están las gentes comunes, agentes comerciales o esposas de diplomáticos, que relatan sus

11 Viollet-Le-Duc, Emmanuel, *Antigüedades americanas*, México, s.e., ¿1866?, p. 3.

12 Uno de los narradores más interesantes y leídos de ese momento, fiel cronista de esas exploraciones, es sin duda Julio Verne, quien en sus *Viajes extraordinarios* compila de manera enciclopédica las tareas decimonónicas de descubrimiento del orbe.



experiencias cotidianas y sus observaciones diarias. Algunos, como Kaerger<sup>13</sup> o John Kenneth Turner, realizan verdaderas radiografías de la sociedad, desde sus particulares puntos de vista. Por lo mismo, parte sustantiva de las actividades de los viajeros debe ser comprendida dentro de su relación con el poder imperial, estatal o como expresiones de una sociedad; incluso, no debe perderse de vista que el viaje también se vuelve mercancía, y que más de un texto fue escrito para el mercado, para revistas especializadas o para casas editoras.

Después de la Independencia, las tareas de exploración geográfica en México son acometidas por el Estado, en tanto que las preocupaciones de los viajeros se concentran en la sociedad, el aparato productivo o el paisaje. La definición del carácter de los nacionales, la inestabilidad política y la necesidad de buscar sentido a lo que se percibe caótico son elementos que captan la atención de los viajeros, lo mismo que la valoración sobre cuál habría de ser el grupo social o la clase a la que debería preferirse. Para la acometida de esa tarea, se precisa en ocasiones de indagaciones más o menos profundas en el pozo de la historia de la sociedad, sobre los procesos que habían llevado a la sociedad al punto en que se encontraba.

La ineficiencia, la aventura y lo folklórico se tornan constantes entre los observadores, que incurren también en las inevitables comparaciones, asociadas por regla general a los prejuicios. Además, a partir del interés europeo por lo exótico y las antigüedades, surge como dimensión significativa la intención de extender el conocimiento moderno hacia las regiones donde —se conoce— existen importantes civilizaciones: en América, esa disciplina será el “americanismo”, que comprendería la región andina, México y Centroamérica.

A finales del siglo, la mirada del viajero se torna no científica y poco fiable, por la carga subjetiva que con frecuencia contenía; deben, entonces, viajar los científicos personalmente o aportar los datos necesarios para las élites científicas preparadas de las colonias y de los países subordinados. A ello está ligado el auge del positivismo, la caída del espíritu aventurero y romántico y el que el mundo resultaba cada vez más

13 Del relato del viaje de este autor, aparecido en alemán, sólo tengo registradas las traducciones de las secciones correspondientes a México y al Perú. Cfr. Kaerger, Karl, *Agricultura y colonización en México en 1900*, México, Universidad Autónoma de Chapingo-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1986, y Kaerger, Karl, *Condiciones agrarias de la Sierra Sur Peruana, 1899*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1979.

conocido y había menos espacios hacia donde mirar. Los viajeros se preocupan, entonces, por diferentes cosas, al tiempo que se distancian y asumen de manera diferente los intereses y lealtades de sus países e imperios de origen.

## 2. *Los viajeros y las disciplinas antropológicas*

Me interesan en especial los viajeros con una cierta mirada antropológica, que quisiera caracterizar como una suerte de vocación para mirar lo diferente desde la “otredad” que, aun cuando presente entre la mayoría de los que emprenden esas excursiones, me parece presta especial atención y se desenvuelve en dos planos fundamentales: el trabajo arqueológico y el antropológico —en particular, etnográfico—.

En ambos casos se mira y se describen experiencias personales, pero se concede mayor atención a las costumbres, los tipos físicos, las formas de organización, las creencias, la religión, los mitos, las historias: en una palabra, a todo aquello que resulta útil para definir con claridad el *carácter nacional*, es decir, la fisonomía propia de un pueblo, de una nación. El autor adquiere conciencia de que su observación busca destacar los rasgos más comunes entre los individuos que ve, con los que traba conocimiento y a los que investiga —en un sentido bastante cercano al de Herodoto—; y, finalmente, establece comparaciones para destacar con precisión las diferencias entre unos y otros.

Por su parte, la perspectiva arqueológica atiende a la indagación sobre el pasado, porque considera necesario develar, explicar, desenmascarar lo desconocido para construir la historia universal, subrayando aquello que pueda incorporarse al cuadro general de las civilizaciones. En muchos casos, la expresión de los resultados asume, además, la forma de obras especializadas.

A mediados del siglo y, con la excepción de Guillermo Dupaix y Antonio del Río,<sup>14</sup> hallaremos a aventureros que, con encomienda oficial o apoyo particular, viajan para ver, dibujar, describir y, si es posible, “recuperar” parte del pasado “perdido” con el fin de enriquecer las colecciones oficiales y particulares europeas y norteamericanas. Es innegable que tienen una idea más clara que vaga de lo que buscan y, aun cuando

14 Referencias a sus viajes pueden hallarse en la obra de Brunhouse, Robert L., *En busca de los mayas, los primeros arqueólogos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

las disciplinas antropológicas todavía no hacen su aparición formal y su gestación resultará larga y difícil, constituyen sus avanzadas. Entre ellos, hay no pocos eruditos de primera línea, como Bullock, Brasseur de Bourbourg, Joseph Aubin, Maudslay o Charnay.

En otro lugar,<sup>15</sup> hemos denominado a este momento y a este tipo de viajeros *precursores de la arqueología*. Se incluye con esa expresión a personajes que se caracterizan por el hecho de que sus trabajos parten del supuesto de que los monumentos y los objetos de cultura material son la clave para hallar las respuestas que la historia ignora, que no pueden encontrarse en los textos ni en los documentos escritos o en las tradiciones. Y, sin embargo, ninguno deja de abrigar la esperanza de dar con una “piedra Roseta” que abriese las puertas del mundo de los jeroglíficos, seguramente por las ideas y los avances en la egiptología y por el conocimiento de las civilizaciones del Cercano Oriente con las que más de un viajero está familiarizado, como Stephens o Starr. No deja de seducirles la idea de que las inscripciones en templos, monumentos o estelas constituyen registros de carácter histórico y literario, que estaban esperando a su Champollion.<sup>16</sup>

Así, los restos de cultura material serán considerados claves para la construcción de los datos, lo que supondrá la necesidad de desarrollar formas específicas para mirar, que se convertirán en técnicas de observación que, paulatinamente, integran el bagaje de los arqueólogos. Así, los precursores de la arqueología practican una investigación que incluye técnicas como el recorrido de superficie; el levantamiento de mapas, planos y croquis; la medición, el registro y la descripción de monumentos; el análisis de la estructura de las edificaciones; la descripción de piezas, objetos y obras de arte; el registro de inscripciones, tradiciones y artes menores, y, ocasionalmente, la interpretación de lo hallado en función de las fuentes históricas disponibles y de los esquemas históricos vigentes.

Ahora bien, se presenta como “no científicos” a estos personajes, desde el prejuicio positivista, porque carecen de un método que merezca esa calificación, por lo poco acertado de sus técnicas y por los resultados

15 Cfr. Gallegos Ruiz, Roberto; Gallegos, José Roberto, y Pastrana, Miguel, “Introducción”, *Antología de Documentos para la Historia de la Arqueología de Teotihuacán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997.

16 La “historia” del “desciframiento” de los glifos mayas, que me parece un problema muy discutible, puede verse en una obra reciente de Coe, Michael D., *El desciframiento de los glifos mayas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

insatisfactorios de sus observaciones; pero, aun cuando podamos juzgar sus métodos y preguntas como simples, sencillos, equivocados o descabellados, son el eslabón indispensable para entender el desarrollo de una disciplina y de una serie de conciencias históricas, de imaginarios y de conocimientos.

Tampoco podemos perder de vista que sus obras son rápidamente conocidas y recibidas por sociedades ávidas de exotismo, por imperios en expansión, por comunidades “antropológicas” y “americanistas” en gestación, y por sociedades científicas coloniales y de las colonias, que no tardarían mucho en reunirse, vincularse y asociarse a sus respectivos Estados y gobiernos alrededor de colecciones privadas y, sobre todo, públicas.

Esas instituciones persiguen fines diferentes: en las colonias y en los países recién independizados, la tarea fundamental de las sociedades científicas y antropológicas y de los historiadores consiste en construir un pasado nacional glorioso y heroico. En cambio, las sociedades constituidas en las metrópolis orientan sus trabajos a la construcción de una “historia universal”.

Al final del siglo, cuando las disciplinas antropológicas han madurado lo suficiente, serán los mismos antropólogos o arqueólogos los que se dirijan al campo para hacer sus indagaciones. Entonces harán “trabajo de campo”. En México, los casos más célebres son Frederick Starr y Carl Lumholtz.<sup>17</sup> Para ellos, viajar a lo largo del mundo no es una característica definitoria, más bien viven de una profesión que cada vez alcanza mayores grados de institucionalidad: la antropología. Sus viajes y gastos serán pagados por instituciones, y se les asignan tareas académicas —aun cuando el espionaje pueda mantenerse como una constante que se ha investigado poco—.

Ya en el siglo XX, el viaje al campo para hacer observación se torna una actividad obligatoria dentro de las actividades de la profesión. Lo curioso y lo anecdótico —considerado característico de los libros de viajes— desaparece y, conforme avanza el siglo, los escritos de arqueólogos y antropólogos se hacen más áridos, técnicos e incomprensibles para el común de la gente, a diferencia de la accesibilidad de los libros de viajes.

17 Ambos dejan interesantes textos de viajes, traducidos ya al español, además de su copiosa producción científica. En el caso de Lumholtz, Karl, *El México desconocido*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1975, es fácil confundir ambos géneros. En el de Starr, Frederick, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, la diferencia está mejor definida.

Difícilmente podría decirse que los diarios de campo de Lévi-Strauss pudiesen ser libros de viajes. El sujeto desaparece como narrador y el relato se convierte en una rareza. La disciplina impone límites a cualquier mirada que pretenda ver de manera mecánica y simple lo primitivo, lo atrasado y lo diferente. De la misma manera, la política proyectada por el imperio asume nuevas formas y se matiza.

La afluencia de viajeros en el siglo XX parece haber disminuido significativamente, pero no porque haya decrecido el número de ingresos de extranjeros en el país, sino porque esas entradas adquieren nuevas características, modernas, que son producto de la sociedad industrial, del desarrollo de las comunicaciones y de un mundo cada vez más “mundial”: esas personas pasan a constituir, cualitativamente, la categoría de turistas.<sup>18</sup> Y un turista no escribe, a no ser una postal, toma fotografías y las compra. Además, la cultura de masas introduce con mayor fuerza estereotipos y erosiona la conciencia de la distancia, de lo lejano, de lo cercano, de la diferencia, del otro, del yo. A ello también contribuye el desarrollo de programas y series televisivas que filman paisajes y rarezas, lo extraño y lo exótico, lo insólito, lo curioso. En un escenario como éste, los libros de viajes tienden a desaparecer, sin haberse extinguido por completo.<sup>19</sup>

### 3. *Los viajeros en México. Apuntes para el estado de la cuestión*

La literatura de viajeros es muy extensa, y sólo una pequeña muestra ha sido traducida, pese a que hoy contamos con decenas de títulos y, de algunos, varias traducciones. En cambio, la producción sobre viajeros no es amplia en número ni en variedad, lo que supone una carencia para el

18 Hay que recordar que el fenómeno del turismo es característico de esta centuria. Hobsbawm afirma que se gesta como un fenómeno social de dimensiones mundiales sólo después de la segunda Guerra Mundial, en lo que ha denominado “los años dorados”. Cfr. Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997. En particular, los capítulos “Los años dorados”, “La revolución social, 1945-1990” y “La revolución cultural”. Vale la pena anotar que los primeros intentos por hacer turismo en México, relacionados con la arqueología, fueron protagonizados por Leopoldo Bares quien construyó, hacia 1910, un hotel en la zona arqueológica de Teotihuacán. Hacia 1920, Manuel Gamio se plantea el turismo nuevamente, pero más bien en cuanto excursiones masivas y populares, en Teotihuacán, y establece como una exigencia para la reconstrucción de monumentos que sean visitables. Entre los dos intentos, hacia 1913, Silvanus Morley se plantea hacer trabajos arqueológicos en la península de Yucatán para aprovechar el paso de los barcos que se dirigían al canal de Panamá. En 1924 comenzará sus trabajos en Chichén Itzá.

19 Podría pensarse, por ejemplo, en *Vecinos Distantes* de Alan Riding; el *Viaje a Sudáfrica* de Verónica Volkov, o el libro de Carlos Prieto sobre la Unión Soviética, vista a lo largo de dos décadas y en la perspectiva de la caída del muro de Berlín.

análisis y para la teorización del fenómeno, lo cual resulta paradójico frente al interés que los escritos de los viajeros despertaron en su época.

Probablemente el primer autor que hizo un extenso trabajo de recopilación de viajeros fue Felipe Teixidor, a quien impulsó tal vez su interés bibliográfico por el género, manifiesto en su biblioteca, que conserva numerosas primeras ediciones. Su obra fue dada a conocer masivamente en la colección *Sepan Cuantos*.<sup>20</sup> De acuerdo con la estructura de la obra, Teixidor clasifica a los viajeros en dos grupos, según la nacionalidad y según el tipo de viaje que realizan; y, al mismo tiempo, recupera dos grandes formas de mirar: los viajeros extranjeros que relatan sus impresiones sobre México, y los viajeros mexicanos que escriben sobre países del extranjero. Más adelante, a raíz de la publicación de algunas obras de intelectuales decimonónicos, incorpora una nueva categoría, no menos interesante y sumamente reveladora: la perspectiva de los mexicanos que viajan por México.<sup>21</sup>

En el trabajo de Ignacio Bernal —*Bibliografía de Arqueología y Etnografía Mesoamericana y Norte de México 1514-1960*—, dado a conocer en 1964, se recupera para las áreas geográficas en que el autor divide a Mesoamérica, de manera específica, una sección que contiene los trabajos que él considera como *viajes*, sin que proporcione una explicación muy clara de lo que entiende por esta categoría. Sin embargo, esta primera recopilación ha pasado completamente inadvertida hasta el momento, lo mismo que la sección correspondiente dentro de la bibliográfica compilada en las *Fuentes para la Historia Contemporánea de México*, coordinada por Luis González.<sup>22</sup>

Aquel mismo año, 1964, Margo Glantz, a través de la Secretaría de Obras Públicas que dirigía Javier Barros Sierra, dio a conocer una brillante selección —y traducción— de viajeros en extremo raros en ese momento, casi todos autores de libros publicados en francés e inglés durante la centuria anterior. La preocupación de la autora era:

20 Teixidor, Felipe, *Viajeros mexicanos, siglos XIX y XX*, México, Porrúa, 1979.

21 Habría que pensar, por citar algún ejemplo, en la edición de las obras completas de Justo Sierra, Ignacio Ramírez, Melchor Ocampo y, recientemente, las de Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Payno.

22 Cfr. Bernal, Ignacio, *Bibliografía de Arqueología y Etnografía Mesoamericana y Norte de México 1514-1960*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964. Y González y González, Luis, *Fuentes para la historia contemporánea de México, libros y folletos*, México, El Colegio de México, 1965-1967.

imitando a O’Gorman, podremos agregar que los extranjeros inventan México. Lo inventan, pero a la vez lo descubren. Invención y descubrimiento implícitos en la doble visión con que lo enfocan. Invención porque vienen provistos de viejas manías y nuevos prejuicios, porque acuden a visitarnos con las mentes repletas de buenos salvajes a la Rousseau o a la Cooper, y la mirada enturbiada que transtoca las causas por los efectos, pretendiendo sellar para siempre los contrastes describiendo con minucia sistemática el debe y el haber de nuestro suelo.<sup>23</sup>

Diríase además que, según Glantz, lo que define a un viajero es la idea de descubrir lo “fascinante y lo caótico”; el seguir la huellas de Humboldt en la búsqueda de la riqueza casi mitológica que se atribuye al país; la aventura y las molestias; los intereses.

El hecho de que la obra fuese comisionada por la Secretaría de Obras induce a un rescate de la cotidianidad de los caminos y de la vida que los rodea, lo que orienta la lectura y la selección de los fragmentos. El trabajo está compuesto por capítulos que corresponden a un autor, cada uno de ellos, y que incluyen una pequeña nota biográfica del viajero que redactó esas páginas.

Un poco más tarde, con materiales de bibliotecas nacionales, extranjeras y materiales de archivo, Berta Flores Salinas realizó —a mediados de los años sesenta— un segundo recuento de viajeros en México, y publicó dos volúmenes,<sup>24</sup> que, al igual que el trabajo de Glantz, contenían una breve introducción. Estos libros se ocupaban de los tres siglos coloniales e incluían quince autores, entre los que cabe destacar, por la importancia que tendrán en estudios posteriores, Thomas Gage, Gemelli Carreri y Lorenzo Boturini.

La autora hace explícita en la introducción del segundo tomo su metodología:

al final de cada viajero [que corresponde a un capítulo] incluyo una Referencia Bibliográfica [sic] con la deliberada intención de dar solidez a este trabajo

23 *Viajes en México, Crónicas extranjeras*, 2 vols., selección, traducción e introducción por Margo Glantz, México, Secretaría de Educación Pública, 1982, pp. 10-11. Las notas están tomadas de la introducción, que acompaña al libro desde la primera edición. Parece que lo único que se agrega en la segunda edición es la presentación, donde se anota una breve referencia a la primera edición, publicada en 1964 por la Secretaría de Obras.

24 Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros (siglos XVI y XVII)*, México, Botas, 1964, y Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)*, México, Botas, 1967.

y ahorrar tiempo al investigador o al historiador, merced al dato bibliográfico preciso.

He seguido el método comparativo que es el apropiado para esta clase de estudios historiográficos; es decir, señalo cuáles son los temas representativos de cada uno de los testimonios que analizo y cuáles son los generales a todos ellos; señalo asimismo en forma crítica su veracidad o falsedad, importancia, valor historiográfico y trascendencia.<sup>25</sup>

En general, la autora hace una rápida revisión de la vida del viajero, las causas por las que viaja y el itinerario que sigue. Señala aspectos interesantes y cita párrafos enteros de los trabajos. Hace historiografía. Y la nota bibliográfica para cada caso es realmente notable. Flores Salinas plantea que la importancia de recuperar a los viajeros estriba en que, “además de significar descripciones de tierras, habitantes y costumbres de regiones cuya existencia era desconocida o poco conocida, revelan el pensamiento que impulsó a sus autores a acometerlos”.<sup>26</sup>

Los viajeros que estudia pueden definirse en tres grupos: piratas, aventureros y traficantes; pero además hay otros que, “si bien es cierto que ostentan las mismas tendencias por la aventura y por el enriquecimiento, tienen un carácter mucho más definido, en el sentido de su formación profesional y de su personalidad”.<sup>27</sup>

Finalmente, en el año de la inauguración del Museo Nacional de Antropología, el Museo del Virreinato y la Galería de Historia —El Caracol— y las obras de Teotihuacán, aparece la selección de Xavier Tavera Alfaro: *Viajes en México. Crónicas mexicanas*.<sup>28</sup>

Aquí queda menos clara la idea de lo que es un viajero, salvo el hecho de viajar: dice el autor que, junto a estos viajeros que “en forma literaria entregan sus experiencias, se encuentran los viajeros científicos que han dejado también páginas de un inapreciable valor [...] y en nuestro tiempo, algunos periodistas, siguiendo la huella de sus predecesores del siglo pasado, nos han dejado estupendos relatos de viajes, llenos de interés”.<sup>29</sup> Una de las preocupaciones de Tavera estriba en definir a los autores y

25 Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)*, p. 12.

26 *Ibidem*, pp. 12-13.

27 Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros (siglos XVI y XVII)*, p. 17.

28 *Viajes en México. Crónicas mexicanas*, 2 tomos, introducción y selección por Xavier Tavera Alfaro, México, Secretaría de Educación Pública, 1984. En la página legal correspondiente se anota el año de la primera edición, 1964.

29 *Ibidem*, p. 32.



el contexto del viaje. A cada texto seleccionado precede una nota sobre el autor y su producción bibliográfica en general, con un énfasis particular en los textos de viajes.

Durante los años sesenta aparecieron múltiples textos de viajeros. En particular, cabe destacar los trabajos editados en la célebre colección *Sep-Setenta*<sup>30</sup> cuyas introducciones, aparentemente, han pasado a la posteridad sin pena ni gloria y, más bien, con indiferencia. Se editaron viajes de franceses, ingleses, rusos y se recuperaron testimonios de mujeres, lo que evidentemente es muy interesante: pero tampoco después, con la salvedad de la condesa Paula Kolonitz, se ha puesto excesiva atención a las mujeres viajeras.<sup>31</sup>

En esa misma colección se publicaron dos largos estudios sobre aspectos específicos relacionados con viajeros: *Los indios de México y los viajeros extranjeros* de Lameiras que, como podrá suponerse, no ha sido objeto de reedición ni suele merecer la cita de los estudiosos siquiera sea de modo ocasional, lo mismo que *Viajeras anglosajonas en México. Memorias*.<sup>32</sup>

Al comenzar los años ochenta, cambia el panorama, y los viajeros van haciéndose más familiares en distintos espacios sociales y académicos. Quizá las obras que dominen el panorama sean las reimpresiones de las selecciones de Margo Glantz y Tavera, citadas más arriba. No pueden dejar de mencionarse las colecciones de la Secretaría de Educación Pública destinadas a un público amplio: en primer término, *Sep80* que, en conjunto, tiene menor calidad que su correspondiente de la década anterior —lo que se manifiesta en que se reeditan obras en vez de escribirse nuevas, como había sucedido en la colección *Sep-Setentas*—. Por su impacto y éxito destaca la célebre colección *Lecturas Mexicanas*, en espe-

30 Por ejemplo, *Dos poetas rusos en México, Balmont y Maiacovsky*, traducido por Schneider, o el viaje de Wrangel: *De Sitka a San Petesburgo al través de México. Diario de una expedición (13-X-1835-22-V-1836)*, así como el texto de la condesa Paula de Kolonitz.

31 El caso de la condesa Kolonitz es muy interesante, pues he rastreado, hasta el momento, varias ediciones populares: *Sep-Setentas*, *Sep80*, Colección Juvenil del Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (1984) y *Lecturas Mexicanas*, Primera Serie. Vale la pena señalar, además, que Eugenia Meyer tradujo y escribió un análisis sobre el texto dejado por Edith O'Shouneggy que, más tarde, publicaría la editorial Diógenes, lo mismo que una interesante selección de textos de D. H. Lawrence en una selección de E. Carballo.

32 Cfr. Lameiras, Brigitte B. de, *Los indios de México y los viajeros extranjeros. Siglo XIX*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, y Diadiuk, Alicia, *Viajeras anglosajonas en México. Memorias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973.

cial, su primera serie, que reeditó la obra de algún viajero,<sup>33</sup> que rápidamente se agotó.

Por su parte, la edición y difusión de libros de viajeros corrió por nuevas vías cuando editoriales particulares y fundaciones culturales iniciaron líneas de edición en este sentido; tal es el caso del Banco de México que, a través de su Fomento Cultural, ha editado a Émile Chabran, Désiré de Charnay y William Bullock.

La Universidad Nacional Autónoma de México, entretanto, ha permanecido un poco al margen de este interés, aunque su colección *Nueva Biblioteca Mexicana* ha dado a conocer los viajes de varios mexicanos y extranjeros, como Sierra, Becher o Tablada, las descripciones y novelas de Lizardi, las crónicas de César Vallejo o Gutiérrez Nájera. Y la *Biblioteca del Estudiante Universitario* ha publicado numerosas descripciones de países y regiones desde hace más de tres décadas. No obstante, repito, no se ha procedido de manera sistemática.

El cambio definitivo en la historiografía sobre viajes se dará al final de la década de los ochenta, cuando el Fondo de Cultura Económica dio a las prensas el primero de los volúmenes de José Iturriaga de la Fuente.<sup>34</sup> Los tres restantes aparecieron inmediatamente, a la vista del inusitado éxito que obtuvo el primero. De pronto, todo el mundo hablaba de viajeros, los leía, los descubría en la peculiar lectura de Iturriaga, que definía su recopilación como la lectura de las “noticias del pasado”.

A diferencia de los trabajos anteriores, la compilación de Iturriaga rompe con el esquema tradicional de respetar los textos: ahora son anotados, sintetizados, se interviene en ellos y son presentados de acuerdo con los gustos y personales aficiones de quien los reúne. El primer volumen hace referencia a una enorme cantidad de viajeros: treinta y seis. Y aun cuando falta una reflexión continua y sistemática, sí la hay para establecer límites y categorías; al menos los términos en que está planteada la obra permiten la apertura de la posibilidad de una conceptualización.

33 Según la lista de la colección aparecida en el último volumen de Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano en pocas páginas. Caracterización y vigencia*, selección de Adolfo Castañón y Otto Granados, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, los viajeros editados serían: Charles Brasseur, *Viaje por el istmo de Tehuantepec*; Kolonitz, Paula, *Un viaje a México en 1864*; Ward, H. G., *México en 1827. Selección*, y Gunn, D. W., *Escritores norteamericanos y británicos en México. Selección*, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1985.

34 Iturriaga Fuentes, José, *Anecdotario de viajeros en México*, 4 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

No menos importante es que, por primera vez, se intenta reunir una nómina de viajeros que arroja datos concretos sobre las dimensiones de esta literatura: el primer recuento arroja una cifra superior al millar de libros —mil doscientos sesenta y dos, para ser precisos— casi todos decimonónicos. Quizá no sería exagerado plantear que el *Anecdotario de Viajeros* permite por vez primera la idea de que el rastreo y utilización de estas fuentes es válido y valioso, útil y necesario, tal y como Berta Flores había propuesto con anterioridad de varias décadas. Con este texto, el trabajo sobre los viajeros alcanza su primera madurez, independientemente de la calidad de la obra de Iturriaga.

Ya entrados en los años noventa, y en términos de bibliografía, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes empieza a publicar una colección dedicada exclusivamente a dar a conocer libros de viajeros: *Mirada Viajera*, en la cual está editado Charnay, que da a conocer libros extremadamente raros, difíciles de localizar o muy curiosos.<sup>35</sup> Esta tarea de difusión se complementa con obras publicadas en la colección *Cien de México*.<sup>36</sup>

Al mismo tiempo, podremos encontrar nuevamente entre las publicaciones de bancos, editoriales pequeñas o materiales que llegan del extranjero una oleada de viajeros y viajes. Por ejemplo, la colección *Nan Shan* ha traído hasta nosotros obras clásicas de viajeros al África o Asia.<sup>37</sup>

Quizá, por otro lado, no sería extraño pensar que la recuperación de los trabajos de viajeros está profundamente relacionada con la discusión y rescate de las memorias, diarios, epistolarios o autobiografías y, en ge-

35 Cfr. *Catálogo 1996*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1996. pp. 47-48. Los títulos incluirían: Chambon, Ludovic, *Un gascón en México*; Fossey, Mathieu de, *Viaje a México*; Flandrau, Charles Macomb, *¡Viva México!*; Charnay, Désiré, *Ciudades y Ruinas americanas*; Gage, Thomas, *Nuevo reconcomiento de las indias occidentales*; Gregg, Josiah, *El comercio en las llanuras. Diario de un comerciante de Santa Fe*; Lejeune, Louis, *Tierras mexicanas*; Starr, Frederick, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*; Aguilar, Federico Cornelio, *Último año de residencia en México*; Waldeck, Federico de, *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, 1834 y 1836*; Gilliam, Albert M., *Viaje por México durante los años de 1843 y 1844*; Traven, B., *Tierra de primavera*; Waugh, Evelyn, *Robo al amparo de la ley*; Green, Graham, *Caminos sin ley*, y Comyn, Thomas de, *Apuntes de un viajero o Cartas escritas durante la insurrección del reino de México, 1811-1814*.

36 En especial, habría que considerar el trabajo de Sartorius, Carl Chistian, *México hacia 1850*, México, Secretaría de Educación Pública, 1989. Cfr. *ibidem*, pp. 15-19.

37 Esta colección, de editorial Laertes, Barcelona, tiene como propósito presentar muestras del género de viajes, “fundamentalmente de pequeños relatos en los que, a partir de un hecho de observación significativo, el autor se eleva a consideraciones de tipo filosófico y etnológico, estableciendo distancias críticas entre las costumbres exóticas observadas y las opiniones europeas aceptadas”. Cfr. la contraportada de Lawrence, D. H., *Mañanitas mexicanas*, Barcelona, Laertes, 1982.

neral, materiales de carácter personal que, durante tantos años, han sido descuidados tanto en su producción como en su demanda e impresión, y que se insertan en la nueva historiografía de la cultura que ha encontrado renovados bríos en la década de los noventa, impulsada por tendencias externas y por desarrollos endógenos; pero, a diferencia del género biográfico, al mundo de los viajeros todavía le falta que aparezca una mirada juiciosa y crítica como la de José Emilio Pacheco o Carlos Monsivais.

### III. CLAUDE JOSEPH DÉsirÉ CHARNAY

#### 1. *¿Quién es Charnay?*

Claude Joseph Désiré de Charnay es uno de los más importantes viajeros decimonónicos de México, notable hoy por su trabajo arqueológico: o quizá sea más correcto decir, empleando el término de la época, por su trabajo americanista. A casi once décadas de la aparición de su libro más importante, *Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo*, continúa siendo una referencia casi obligada para los arqueólogos, aunque más bien como curiosidad que como fuente histórica. Probablemente esto tiene que ver con el hecho de que la perspectiva en las disciplinas antropológicas en México apenas está gestándose.

Charnay nació en Francia, en Fleurieux-sur-L'Arbesle (Rhône), en 1828. Estudió en un seminario católico, de donde egresó a los doce años; dice en *Ciudades y Ruinas* al respecto que, al salir de esa escuela, “de-seaba quemar a todos los protestantes y a todos los herejes de Francia que, según me enseñaban todos los días, no adoraban a la santa Virgen”.<sup>38</sup> Lo curioso es que escribe esto cuando lo expulsan de la iglesia de San Cristóbal de las Casas por afirmar que es protestante, lo que no deja de ser un sarcasmo ya que, según propia confesión, asiste a celebraciones religiosas según el rito católico.

Más tarde continuó su formación en el Lycée Charlemagne en París, para seguir después el estudio de lenguas en Inglaterra y Alemania. A los veintidós años de edad se encuentra en la ciudad de Nueva Orleans, donde ejercerá la docencia por varios años. Tal vez ahí conoció los trabajos de Stephens y Catherwood, que marcaron todo un hito en el cono-

38 Charnay, Désiré, *Ciudades y Ruinas Americanas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 254. Ésta es la edición que empleo en el trabajo: por lo mismo, todas las referencias son a ésta.

cimiento de México, al abrir nuevas perspectivas sobre los monumentos arqueológicos del país,<sup>39</sup> en la saga de Humboldt. No es difícil que en ellos se inspirase su vocación romántica por los viajes y la aventura.<sup>40</sup>

Regresa a Francia y obtiene del ministerio de Instrucción Pública apoyo económico para hacer una expedición a Yucatán con el fin de obtener las primeras fotografías de los monumentos arqueológicos de México, pues hasta entonces sólo se disponía de dibujos que hacían difícil tener una idea exacta y objetiva de la situación, características y detalles de éstos, como puede apreciarse al comparar las reproducciones de Waldeck y Stephens de los estucos de Palenque.

Y es que, desde la mentalidad positivista, ¿cómo podría pedirse a un dibujante que se despojase de su bagaje, prejuicios e ideas preconcebidas para que pudiese trazar “fiel y objetivamente” lo que le era completamente desconocido y obedecía a criterios estéticos, formas, maneras de componer las imágenes tan radicalmente diferentes? La fotografía, en cambio, inventada sólo dos décadas antes, suponía eliminar cualquier especulación al respecto, pues constituía una herramienta que anulaba la subjetividad de la mirada.

Así, Charnay sale de París en abril de 1857 y llega a Estados Unidos, donde permanece alrededor de ocho meses. De esta estancia, así como de otras posteriores, nunca escribirá nada. Llega a la ciudad de México en noviembre de ese año y permanece en ella durante diez meses, que emplea para familiarizarse con el idioma, conocer la cultura, leer historia y planear la expedición, que realiza en medio de la guerra de los Tres Años. El producto de esta visita será el libro *Ciudades y Ruinas Americanas*.<sup>41</sup>

De la capital viaja a Oaxaca, y más tarde atraviesa la sierra y llega a la cuenca de Papaloapan para, desde ahí, dirigirse a Veracruz —donde conocerá a Benito Juárez, por quien siente enorme admiración—; continúa su camino con rumbo a la península de Yucatán y Chiapas y, a mediados de 1859, se dirige a Estados Unidos. Regresa a Mérida en 1860,

39 La mayor parte de la información de este apartado la tomé del que es, probablemente, el estudio más completo de la obra fotográfica de Charnay: Davis, Keith F., *Desiré Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1981, p. 11.

40 Muchos de los datos aquí citados se corresponden con los contenidos en el artículo de Zapata Peraza, Renée Lorelei, “Desiré Charnay”, *La Antropología en México, Panorama histórico*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, vol. 9, pp. 567-587, porque —aparentemente— utilizamos la misma fuente, el libro de Davis y la bibliografía de Bernal.

41 *Ibidem*, pp. 11-12.

visita Ciudad del Carmen, Palenque, Tuxtla, Tehuantepec, Oaxaca y nuevamente llega a la ciudad de México, de donde partirá hacia Veracruz con objeto de abandonar el país en octubre de 1860.<sup>42</sup>

Regresa a Francia y se dedica a preparar las publicaciones sobre su viaje, que tienen tal éxito que le valen ser nombrado escritor y fotógrafo de la expedición a Madagascar, de tintes fuertemente imperialistas, que Charnay hace patente en sus escritos sobre ese viaje.<sup>43</sup> En 1864 se embarca con las tropas francesas que apoyan la aventura de Napoleón III en América, pero se desconoce el tipo de actividades en que participa, aun cuando sea de suponer que coinciden con las de Brousseau de Bourbourg quien, aparte de eminente mayista —da a conocer el Popol Vuh, a Landa y el Rabinal Achí— está al frente de la *Comission Scientifique du Mexique*. Sale de México en 1867 y viaja por Estados Unidos hasta 1870. En 1875 hará un recorrido por Sudamérica, visita Brasil, Chile y Argentina, y deja constancia de sus impresiones en una serie de artículos y en un libro.<sup>44</sup>

En 1878 hace su siguiente viaje importante, con apoyo del gobierno francés y en apariencia sin tintes políticos, por Australia y Java. Concede particular atención en estos trabajos a cuestiones de historia natural, etnología y arqueología. Incluso algunas de las fotografías que toma de tipos físicos prefiguran el tipo de fotografía que se difundirá entre los antropólogos físicos. Regresa en 1879 y, al año siguiente, con apoyo del Museo del Hombre y de un mecenas norteamericano, Lorillard,<sup>45</sup> llega al “punto más alto de su carrera entera [que] fue su altamente publicitada expedición a México en 1880-1882”.<sup>46</sup> A raíz de este viaje, escribirá su célebre libro *Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo*.

Esta expedición es, probablemente, la primera excavación arqueológica que abarca casi toda el área que hoy llamamos Mesoamérica. Como punto de partida metodológico, Charnay se plantea un problema: identificar el paso, la cultura y las características de los toltecas en “América

42 El itinerario puede verse *ibidem*, pp. 165-168.

43 *Ibidem*, pp. 17-19.

44 *Ibidem*, pp. 21-22.

45 Quien, por cierto, había financiado las investigaciones en Yucatán de Auguste y Alice Le Plongeon por esas mismas fechas. Cfr. Brunhouse, Robert, *En busca de los mayas*. En particular es interesante el capítulo sobre Le Plongeon —pp. 129-155—, aunque lo es más todavía la elección de este autor por encima de Charnay, quien hoy en día tiene mucho más reconocimiento que Le Plongeon. Para la referencia a Lorillard, *vid. ibidem*, pp. 140 y 143.

46 Davis, Keith F., *Desiré Charnay*, pp. 24-25.

Central y México”, especialmente a través de las huellas que dejan en la arquitectura, pues el investigador supone que la presencia tolteca es común en toda la región, que da sentido a la historia prehispánica, y que marca el momento de mayor esplendor de la región en tiempos antiguos.

A juzgar por el número de ediciones que ha alcanzado en México y en Europa, podría decirse que *Ciudades y Ruinas Americanas* ha tenido mayor impacto, pues es un libro más conocido. Sin embargo, en el medio arqueológico mexicano de fines del siglo XIX y principios del XX, *Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo* significó una conmoción mucho mayor, porque propuso interpretaciones novedosas, así como problemas y tareas que investigar. Conforme surgió una nueva generación, se hicieron presentes las antropologías alemana y norteamericana, y se desarrollaron nuevas investigaciones, y Charnay sería superado y abandonado. En otra dimensión, los trabajos de 1880-1882 tuvieron mayor significación porque de ellos se derivó, indirectamente si se quiere, la creación de la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, en 1885, y porque esos trabajos marcaron pautas fundamentales sobre las cuales avanzaría la legislación arqueológica de 1896 y 1897. Y estos dos hechos han sido considerados como el inicio de la arqueología moderna en México.

Tras regresar a Francia, en 1886 hará su cuarto y último viaje a México, en el que visita solamente la península de Yucatán. En opinión de Davis, se trata de un viaje de escasos resultados y de poca publicidad, que lo condenan al fracaso.<sup>47</sup> En 1893 asiste a la *World Columbian Exposition* en Chicago y, cuatro años más tarde, hará una excursión a Yemen. Pasa sus últimos años en París, aun cuando Davis sostiene que emigró a Argelia. Muere en 1915, a los ochenta y siete años de edad, enfermo de neumonía.<sup>48</sup> Citando a Jean Charlot, Davis afirma que una de las cosas que más sintió Charnay fue que, en las fiestas del Centenario de 1910 en México, no se le considerara a él sino a Alfred Percival Maudslay —a quien había conocido en Yaxchilán, ciudad que descubrió el inglés con sólo algunos días de anticipación sobre Charnay— como precursor de la arqueología mexicana. Quizá esa relegación se debió a sus implicaciones en el segundo imperio.

47 *Ibidem*, p. 29.

48 *Ibidem*, pp. 35-36.

## 2. ¿Por qué estudiar a Désiré de Charnay?

En la historia de la antropología en México, el mapa está trazado sólo en sus líneas más generales. Como buena parte de los mapas del siglo XIX que llevaban los viajeros, extensas áreas permanecen desconocidas aún, y parte de lo que se conoce y de lo que se estudia hoy está más ligado con la influencia alemana y norteamericana que con cualquiera otra. Uno de los extensos fragmentos de *terra ignota* es el relativo a la influencia francesa en las disciplinas antropológicas en México que, se ha afirmado, domina el siglo XIX. Si hemos de atribuir a la americanística<sup>49</sup> francesa el método de comparar los monumentos mexicanos con los egipcios para establecer similitudes, entonces la influencia es definitiva.<sup>50</sup> Y en su texto sobre la historia de la antropología física en México, Nicolás León hace referencia clara a esta influencia, que se confirma al leer la bibliografía de los primeros cursos de esta disciplina o al revisar las listas de libros de las bibliotecas del Museo Nacional, Biblioteca Nacional o Dirección de Antropología.

Tal vez, la suerte de Charnay y de esta influencia esté ligada a la suerte que corrió la aventura de Maximiliano y al triunfo de la antropología norteamericana en este siglo. Quizá el autor menos desconocido sea Charnay, porque otros, como Louis Capitan, Viollet-Le-Duc, Aubin o Brousseau son ignorados, al tiempo que se olvida su impacto en la centuria anterior. Empero, algunas de las ideas que estos autores discuten tendrán larga influencia en el pensamiento y en la investigación arqueológica durante décadas: por ejemplo, identificar la Tula de las fuentes con Teotihuacán y no con Tula, Hidalgo, donde sabemos hoy que estuvo aquella ciudad. En este sentido, el estudio de Charnay intenta ser un primer acercamiento a la influencia de la antropología francesa.

Quizá pensando en la idea de los precursores de la arqueología, no sería del todo incorrecto presentar a Désiré de Charnay de *Ciudades y Rui-*

49 Es decir, el estudio de los restos materiales e históricos, culturales, lingüísticos, antropológicos de las civilizaciones que habitaron el continente americano. Correspondería al orientalismo.

50 Al respecto pueden consultarse los trabajos de Ramón Almaraz para la Comisión Científica de Pachuca; de Antonio García y Cubas: *Comparación entre las pirámides egipcias y mexicanas*, aparecido en los *Anales de la Sociedad Humboldt* en 1875, y su informe de los trabajos arqueológicos en Teotihuacán, aparecido en el *Diario Oficial de la Federación*, 1895. Todos ellos, en Gallegos Ruiz, Roberto; Gallegos, José Roberto, y Pastrana, Miguel, "Introducción". No está de más revisar también el texto de Linares sobre Tula en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, de 1876.



*nas Americanas* como un hombre a caballo entre dos épocas, aventurero, romántico e imbuido de ideas positivistas que le llevan a tomar las primeras imágenes fotográficas de monumentos arqueológicos en México. Pero, si atendemos a su libro *Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo*, quizá se muestre más bien como un erudito en el camino a la ciencia, un arqueólogo que se plantea problemas resolubles solamente con el manejo de los restos de cultura material, en concordancia con las fuentes históricas.

En ninguno de los casos deja de ser un viajero que mira atento una sociedad y un mundo. Como viajero, escribe informes que, con correcciones, serán editados por revistas de viajes, en especial *Tour du Monde* y *Globus*. Y redactará libros que constituyen la suma y la articulación de sus miradas, que pierden un tanto su frescura y ganarán en coherencia.

### 3. Ciudades y Ruinas Americanas

En su primera expedición a México, Désiré de Charnay, que todavía se hallaba en la capital del país, dará a la imprenta el *Álbum fotográfico mexicano*, editado por J. Michaud e hijo, en 1860. Esta edición contiene veinticinco impresiones de treinta y cuatro por cuarenta y cuatro centímetros. Los textos explicativos fueron escritos por Manuel Orozco y Berra, y constituyen una verdadera rareza. Según Lorenzo Ochoa, apareció reeditado en 1981, con el título de *Apuntes y fotografías de México a mediados del siglo XIX*, por Celanese Mexicana, con introducción y notas de Guillermo Tovar y de Teresa, agregándose a los textos de Orozco y Berra, los de Manuel Ramírez y Julio Lavarrière.<sup>51</sup>

En Francia, Charnay escribe un volumen que titulará *Cités et ruines Américaines, Mitla, Palenque, Izamal, Chichen-Itzá, Uxmal, avec un text par M. Viollet-Le-Duc*, publicado en París entre 1862 y 1863. El libro, en realidad, está compuesto de tres partes:

a) Un álbum fotográfico, que contiene cuarenta y nueve imágenes, cuarenta y siete de las cuales son fotografías directas de los monumentos, las primeras que se conocieron en Europa.

b) Un libro en que relataba sus experiencias, que se editó por separado con el nombre de *Le Mexique: 1858-1861; souvenirs et impressions de*

<sup>51</sup> *Cit.* en Ochoa, Lorenzo, "Prólogo. Pasajes amargos", en Charnay, Désiré, *Ciudades y Ruinas*, p. 24.

*voyage*, en París, 1863, por E. Dentú, y que es el que se ha traducido con el nombre genérico de *Ciudades y Ruinas Americanas*, en 1868, por José Guzmán, en la ciudad de México.

c) Un texto de Emmanuel Viollet-Le-Duc, *Antigüedades Americanas*, que al parecer fue traducido al español en 1866. Yo lo consulté en la Biblioteca Nacional de México como separata, indudablemente del siglo pasado, pero carente de los datos de edición, por faltarle la portada.

La bibliografía de Bernal registra una edición del libro de Charnay en el siglo pasado, que probablemente corresponde a la traducción que encontré de Viollet-Le-Duc, fechada en 1866: sin embargo, no he localizado ningún ejemplar. Por su parte, Ochoa cita una edición de 1868 de ese libro que seguramente corresponde a la de Bernal, de 1866: es probable que la falta de coincidencia en el año de pie de imprenta tenga su origen en un error de copia o de impresión. La edición de Viollet-Le-Duc es la única registrada en español.

Ya en este siglo, el texto de Charnay fue traducido por Rocío Alonzo para el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y por Víctor Jiménez para el Banco de México, que también realizó la edición del álbum fotográfico. Finalmente, hay una edición de *México, 1858-1861: recuerdos e impresiones de viaje*, que no he podido localizar y que no sé si corresponda a la edición de *Ciudades y Ruinas* del Banco de México.<sup>52</sup> Es interesante notar que, en ocasiones, ambas traducciones de *Ciudades y Ruinas* difieren hasta tal punto que son contradictorias o dan a entender cosas diferentes. Yo opté por la traducción del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. No tengo registrada ninguna otra traducción. Vale la pena añadir que, en 1862, aparecieron versiones de *Mexico* y de *Un voyage au Yucatan* en la revista *Tour du Monde*.<sup>53</sup>

Una segunda edición de *Cités et ruines Américaines* apareció en 1863, en tamaño folio, para hacerla más asequible al público. Treinta y una imágenes de esa obra se emplearon en la edición de *Monuments Azteques*

52 Las tres ediciones son: Charnay, Désiré, *Ciudades y Ruinas Americanas*, prólogo de Lorenzo Ochoa, traducción de Rocío Alonzo, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, Col. Mirada Viajera; Charnay, Désiré, *Ciudades y Ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal, reunidas y fotografiadas por Désiré Charnay*, traducción y nota introductoria de Víctor Jiménez, 2 vols., México, Banco de México, 1994 —uno de los volúmenes corresponde al álbum fotográfico—, y, finalmente, Charnay, Désiré, *México, 1858-1861: recuerdos e impresiones de viaje*, México, Banco de México, 1994.

53 Al respecto, vid. Davis, Keith F., *Désiré Charnay*, p. 201. Además, Bernal, Ignacio, *Bibliografía de Arqueología y Etnografía Mesoamericana y Norte de México 1514-1960*.

*du Mexico*, que Davis registra sin pie de imprenta. En *Le Mexique et ses monuments anciens*, editado por E. Bondonneau en 1864, se reproducen veinte de sus imágenes.<sup>54</sup>

La obra está dedicada al “Emperador, a quien nada escapa de lo que es útil, noble o grande, quien sabe honrar el mérito tanto como alentar el más modesto trabajo, [y] se ha dignado tomar bajo su patrocinio el álbum de las *Ciudades y Ruinas Americanas*”.<sup>55</sup> Es muy probable que esta dedicatoria, que no aparece en la portada sino en la última página del prólogo, sea una de las causas de la suerte que ha corrido su autor durante los últimos años del siglo pasado, y explique por qué dejó de ser traducido y por qué se le olvidó. Sin embargo, cuando la Cámara de Diputados discutió la autorización para exportar las piezas que Charnay había obtenido en los trabajos de 1880-1882, su participación en el Imperio ni siquiera se menciona.

Creo que el libro está marcado por un hecho fundamental: la pérdida de su equipaje, que le obliga a rehacer algunas de sus fotografías y, por ende, algunos de sus viajes al interior. Eso puede notarse en la estructura, que conserva gran coherencia hasta la salida a Oaxaca: en esta parte se muestra más analítico y hace observaciones más agudas. El resto del trabajo, que parece escrito con mucha prisa o urgido por la necesidad de terminar, da la impresión general de que se limita sólo a la escueta enumeración del recorrido de los lugares y a la descripción de su trabajo fotográfico. Además, y eso afecta a todo el texto, en varias ocasiones parece que se confunden los tiempos.<sup>56</sup>

Charnay escribe en el prólogo de su libro que “hace cinco años, cuando partí en busca de estas ruinas maravillosas, mi intención era hacer un estudio profundo de ellas y tratar yo mismo el tema”. Sin embargo, se da cuenta de que esta “civilización tan original” con la que se tropieza en su viaje resulta tan interesante y tan compleja que, sostiene, estudiarla haría necesario un replanteamiento completo de lo conocido y sería tal “la trascendencia filosófica de un estudio de este género [que] conmoverá a todo el mundo. Semejante obra atañe a las cuestiones vitales

54 *Idem*.

55 Charnay, Desiré, *Ciudades y Ruinas*, p. 31.

56 Vale la pena recordar que inicia su viaje el 7 de abril de 1857, en que sale de París, y lo termina el 2 de febrero de 1861, cuando llega a costas europeas. Cfr. *ibidem*, pp. 33 y 285. Pero, después de un breve viaje a Estados Unidos, regresa al sureste para volver a tomar sus fotos.

de la humanidad; la historia de las religiones se encuentra aquí en juicio tanto como la antropología<sup>57</sup>.

Quizá sea ésta la idea que subyace en los dos libros de Charnay: la sorpresa ante la magnitud de lo encontrado sobre las civilizaciones prehispanicas, y la imperiosa necesidad de estudiarlas. En este sentido, tal vez la mayor diferencia entre uno y otro libro estribe en el hecho de que *Ciudades y Ruinas* es una obra de juventud y directamente involucrada en cuestiones políticas de su tiempo: tanto que me atrevería a decir que incluso orientada hacia la expansión del imperio. La segunda, obra con la que el autor alcanza el pináculo de la gloria, es un trabajo de madurez, en que la intención más evidente es hacer ciencia, hacer historia, entender desde donde no pudo hacerlo cuando joven. Con ello no quiero decir, ni por asomo, que se trate de la obra de un viejo.

En ambos trabajos se advierte un profundo interés por tratar de entender y de explicar a este país. Como entre uno y otro escrito transcurre más de un cuarto de siglo, es apreciable la evolución desde los arrestos de un aventurero a las disquisiciones de un especialista. Añádase a lo anterior la circunstancia de que estos textos constituyen sin duda dos extraordinarios libros de viajes, independientemente de las características, virtudes y defectos que los separan o que puedan atribuirseles.

Opino que ambos son libros de viajes porque en ellos se percibe una mirada profunda que se dirige a la realidad inmediata, que permite a Charnay transportar a palabras lo que ve, interpretándolo. Es evidente que hay una descripción que permite formarse una idea de lo que se está viendo y un serio intento por penetrar en el sentido de las cosas, por hacerlas legibles, por hacerlas entendibles a gente que no las conoce y que no puede ver lo que se le describe. Ese intento le lleva a observar las costumbres y a sacar conclusiones de lo observado, pues, si algo resulta evidente, es que no se trata de un cuaderno de notas y tampoco, de un diario de campo de un etnólogo o de un arqueólogo. Para cumplir su cometido no duda en recurrir a la historia. Pero también se trata de libros de aventuras, bien escritos, salpimentados con anécdotas o detalles curiosos, en los que puede sentirse la emoción o la angustia del momento; su lectura resulta muy amena y, por momentos, apasionante.

La primera obra, *Ciudades y Ruinas*, fue escrita cuando el autor contaba poco menos de treinta y cinco años de edad y cuatro de viaje. Acerca

57 Charnay, Desiré, *Ciudades y Ruinas*, p. 29.

de ese correteo, Charnay aclara en una ocasión que su primer año en la ciudad de México se dedicó, casi íntegramente, a tareas como el aprendizaje del idioma, el familiarizarse con el país y las costumbres, y —seguramente— al estudio de los principios básicos de la historia del país. Por momentos, parece que quiere realizar un “estudio revolucionario” del pasado, atendiendo a lo que observa: pero tendrá que posponerlo durante más de tres décadas —el espacio de tiempo que media entre uno y otro viaje—, y se conforma con mirar, aun cuando en ocasiones no logra evitar alguna anotación o referencia a fuentes y estudios, como mostrando que en verdad estaba capacitado, aunque la inmensidad del trabajo lo abrumase. Pero, repito, se contenta con el arte de mirar, y mira en dos direcciones, de dos maneras diferentes que terminan siendo complementarias.

Por un lado, y siguiendo muy de cerca los pasos de Stephens y de Catherwood, Charnay realiza un viaje por un país asolado por la guerra para tomar imágenes fotográficas de las ruinas arqueológicas. No sólo es romántico y está deseoso de aventuras: como confiesa el propio Charnay, en más de una ocasión, las imágenes casi le costaron la vida. Y no creo que se trate de una jactancia literaria, porque las fotografías se hallaban en el núcleo del programa de viaje: tomar esas primeras fotografías de las ruinas de América constituye la tarea que justifica la expedición, y que le proporciona los apoyos del gobierno francés y del mexicano, los salvoconductos imprescindibles y el permiso para transitar —incluso— entre los bandos en conflicto. Y es que, en aquellos momentos, había en Europa un creciente interés por ese tipo de imágenes, pues apenas unos años antes habían comenzado a llegar al Viejo Continente las primeras imágenes fotográficas de los templos egipcios del Nilo y de Asia Menor.

Con la cámara fotográfica, Charnay intenta resolver las limitaciones de los dibujos y de la interpretación, siempre presentes. De este modo, aplica una de las técnicas más revolucionarias de la mirada a una realidad completamente desconocida. Es la forma de mirar que no refleja, sino que muestra las cosas como son, sin otras posibles interpretaciones. Es el sueño positivista. Consciente de esa tarea, Charnay habla extensamente, en los capítulos dedicados al área oaxaqueña, de los problemas técnicos a que se enfrenta, muy especialmente ante la circunstancia de la pérdida de su equipaje y, con él, de los productos químicos imprescindibles.

Pero también se ocupa de asuntos menos técnicos, como el transporte del equipo, el método de trabajo y —lo que en particular me parece más interesante— la descripción de los preparativos de los escenarios para captar sus imágenes. Este tipo de narraciones abunda especialmente en la segunda parte del libro, a partir de los capítulos dedicados a Yucatán y, particularmente, cuando describe la estancia en Palenque. Refiere en ese sentido cómo obtiene el apoyo de particulares o de las autoridades para conseguir guías o gente que corte la maleza o incluso desmonte las ruinas: no sólo para que aparezcan limpias sino, incluso, para que pudiesen ser vistas. Y el resultado compensa sobradamente los esfuerzos: las imágenes de Mitla, de Uxmal y de Chichén Itzá son excepcionales.

Pero Charnay no va más allá en los problemas de la interpretación: para eso está Viollet-Le-Duc. Charnay se encargaría de explicar cómo realizó los trabajos y de las descripciones generales. Hacer ciencia queda reservado a Viollet-Le-Duc, autor del estudio introductorio, que haría la ciencia, a partir de la hipótesis de que los toltecas habían sido la cultura más “alta y civilizada”, y que estaba emparentada e, incluso, derivaba de las civilizaciones europeas; por lo mismo, los toltecas eran el hilo conductor más prometedor para trazar la historia anterior a la Conquista española.<sup>58</sup>

El problema que plantea Viollet-Le-Duc en *Antigüedades americanas* parte de la idea de que

el nuevo mundo es nuevo si se le compara á la Asia y á la vieja Europa, es decir, que el hombre civilizado ó más bien dicho, civilizador, ha venido á establecerse en este continente mucho tiempo despues de los primeros siglos históricos de nuestro hemisferio; pero, sin embargo, todas las pesquisas hechas recientemente, inducen á creer que una civilización adelantada [los toltecas] dominaba estas vastas regiones mucho antes de la era cristiana. Relativamente, las civilizaciones americanas habian llegado á la decadencia en el momento en que los españoles se apoderaron de México, de Yucatán y del Perú. Su apogeo remontaba á muchos siglos antes de la conquista; este hecho está hoy fuera de toda duda. Pero ¿á qué raza pertenecian aquellas gentes que arrojaron tan brillante luz hácia el siglo VII de nuestra era? ¿De dónde venían? ¿Habían salido de las provincias septentrionales del Japon? ¿Venian del Oriente o del Occidente? ¿Pertenecian á las razas blancas puras, ó á las razas errantes mezcladas de blanco? Estas cuestiones no están aun resultas, ni tam-

<sup>58</sup> Viollet-Le-Duc, Emmanuel, *Antigüedades americanas*.

poco nosotros tenemos la pretensión de resolverlas; no obstante, sin salir de los límites que nos impone nuestra misión, al examinar detenidamente los monumentos de arquitectura fotografiados por Mr. Charnay, quizá podremos dar alguna luz sobre esta parte de la grande historia humana.<sup>59</sup>

Aun cuando daría la impresión de que por ese camino avanzarán las ideas de Charnay en *Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo*, por momentos da la impresión de que el fotógrafo no está completamente convencido de esos puntos de vista y, por el contrario, piensa que de los materiales y de las informaciones —así como de las fotografías que aporta— podrían seguirse múltiples caminos, dado que su importancia es tal que “la obra, hay que decirlo, puede proporcionar material a todas las hipótesis y sostener todos los sistemas”.<sup>60</sup>

Y por lo mismo, o quizá para no ser tachado de loco ante las consecuencias que, intuye, podrían generar los descubrimientos, decide presentar como testigos a las fotografías, para no arriesgarse a que se pusiese en duda su trabajo con especulaciones. Por lo mismo, afirma en un auto de fe, que “la ignorancia está llena de afirmaciones y de certeza; la duda razonada, la gran discusión, pertenece a la ciencia. Pongo entonces sin comentarios mi obra entre sus manos; a ella corresponde crear una historia y llenar esta laguna en la filiación de las razas”.<sup>61</sup> Él hace el trabajo de fotografía y no comenta, la ciencia hará el resto. Y cumple a carta cabal, pues no hay referencias y anotaciones personales sobre los monumentos a lo largo de la obra. En ese sentido, es más que ninguno un libro de viajes.

En cambio, es justamente en esa parte, ante las ruinas de Monte Albán, donde plantea insinuaciones explícitas sobre las que considero que son las motivaciones profundas, las preocupaciones últimas de su trabajo: preparar el camino para los franceses.

Comienza hablando del lujo de los objetos: “¡qué museo no se enriquecería con cuidadosas exploraciones!”. Porque los tesoros podrían ser inmensos —y refiere el caso de un italiano que hizo una excavación y sacó “collares de ágatas, obsidias trabajadas y diversas joyas de oro maravillosamente elaboradas”—.<sup>62</sup> Pero “los indios no permiten tocar los

59 *Ibidem*, pp. 3-4.

60 Charnay, Desiré, *Ciudades y Ruinas*, p. 29.

61 *Ibidem*, p. 31.

62 *Ibidem*, p. 118.

viejos recuerdos de sus ancestros”: porque “tienen la religión del recuerdo”; y la única manera de entrar en esos sitios, de acometer trabajos, sería con el apoyo del gobierno.<sup>63</sup>

Y también estaba el problema de los saqueadores, al que no hace muchas referencias, pero sí a la gran cantidad de piezas que vio en algunas colecciones particulares a lo largo de su recorrido, y a las que no está definitivamente opuesto.

Por lo mismo plantea que, mientras no haya paz y orden, “nunca se llegará al conocimiento completo de tales monumentos”, porque la vida de los viajeros no es segura, porque todos los días los monumentos se deterioran por la acción del clima, o porque llegan gentes de otros pueblos para llevarse a sus lugares de origen piedras —que, dice Charnay, pensaban que se convertirían en oro— desprendiéndolas de los monumentos. Y concluye: “la administración local debería poner término a este vandalismo estúpido; sería suficiente una orden al alcalde del pueblo y un guardia que se relevara a diario”. Pero como eso resultaba imposible por el estado de guerra, urgía imponer la paz. Para salvar los tesoros.

Más aún, afirma, siguiendo el modelo de Napoleón en la campaña de Egipto, que:

Norteamérica ha tomado la delantera sobre nosotros [...]. Hoy, cuando nuestras armas victoriosas traen a México las ideas civilizadoras y el reposo, hoy, cuando la influencia francesa sustraerá a este hermoso país del engullimiento de la civilización norteamericana, ¿no sería muy conveniente mezclar algunas ideas de arte y ciencia con la gloria de nuestras armas? Una nota del gobierno sería suficiente para allanar cualquier dificultad y para dotar a Francia de documentos que Norteamérica e Inglaterra envidiarían.<sup>64</sup>

Por su parte, él orienta su propia mirada, individual, en otra dirección: hacia la sociedad viva. Y lo hace de manera tan interesante que resulta un poco sospechosa, como si las fotografías fuesen tan sólo una cortina de humo para ocultar un intento de análisis de la situación de la sociedad y del Estado en México: casi diríase a la manera de un diagnóstico moral del país, de su gente, de posibles aliados y enemigos. Su dispusiésemos de su correspondencia, es probable que pudiera aclararse este punto de manera definitiva. O si conociésemos a ciencia cierta cuáles fueron las ac-

63 *Ibidem*, pp. 117, 118 y 125.

64 *Ibidem*, pp. 227-228.



tividades que desarrolló, unos años más adelante, durante el imperio de Maximiliano.

Casi en las primeras páginas de su texto, en la descripción del puerto de Veracruz, dice Charnay que “se otorga generalmente a Veracruz una fisonomía oriental; algunas cúpulas bastante bajas podrían recordar por sí mismas el estilo de las mezquitas, pero haría falta una enorme y singular voluntad para prestar a esos pesados campanarios la elegancia de los minaretes”.<sup>65</sup> En más de un sentido, ése es el tono general del libro: hallar la especificidad de México sin mitificar, usando la comparación, pero con mesura.

Una de sus preocupaciones centrales es hablar de la gente que habita el país, más que de los recursos disponibles, de la geografía, la botánica o de la riqueza disponible. Y del estado general de las cosas. En ese sentido, resulta particularmente interesante el hecho de que observe en medio de la guerra, que por momentos parece menos violenta y peligrosa que los caminos....

Su experiencia en medio de una guerra civil, que le toca vivir en la ciudad de México entre tiroteos, le sugiere apuntes militares: dice, por ejemplo, que en Puente Nacional “mil hombres determinados detendrían a todo un ejército. Pero el mexicano, que combate bien al abrigo de las murallas, no sabe resistir a campo abierto: el ardor le falta y los jefes no le dan el ejemplo”.<sup>66</sup> Sus observaciones se refieren a la invasión norteamericana de 1847, pero podrían aplicarse a la invasión de 1862 y al enfrentamiento en las cumbres de Acultzingo. Habla de la importancia de las guerrillas y de la terrible inseguridad de los caminos, de la mala —por no decir pésima— puntería de los soldados que, tras un par de horas de combate, no causan bajas ni, mucho menos, quitan la vida a sus enemigos.

Daría la impresión de que el país cuenta con ejércitos de opereta en los que no hay instrucción militar, no hay paga —“he visto a varios infelices coroneles pedir prestados 2.50 pesos para comer”—,<sup>67</sup> ni disciplina.

La corrupción que campeaba en el ejército hacía decir a alguien: “¡—Ah —me respondió—, seis meses como comandante en una provincia y la fortuna está hecha! —Eso es México”.<sup>68</sup> En ese contexto, Charnay destaca la falta de convicciones de la oficialidad, el atractivo del robo y del

65 *Ibidem*, p. 34.

66 *Ibidem*, p. 40.

67 *Ibidem*, p. 52.

68 *Ibidem*, p. 267.

botín entre ladrones y asaltantes que, en ocasiones, no se distinguían mucho del ejército regular. Charnay incluso llega a cabalgar junto a un piquete que se encarga de limpiar de ladrones los caminos, persiguiendo a unos “compadres”. Es más, cuando vive en Oaxaca, la ciudad es cercada y más tarde abandonada, lo que hace que quede sin gobierno por casi un día y obliga a los vecinos a preparar la defensa, organizándose barricadas y guardias. Y a la mitad de la situación de cerco, caída y abandono de la capital del estado, desesperado por la falta de dinero y por la falta de equipo, Charnay decide salir a Mitla de excursión y, más tarde, emprende rumbo a Veracruz, atravesando la sierra.

Pero quizá la figura que más le llama la atención, sobre la que más escribe es el *pronunciamiento*:

tenemos todos una idea de lo que es el pronunciamiento.

Pierdo mi puesto y, naturalmente, el gobierno ya no me conviene: *me pronuncio*.

Estoy a medio sueldo: *me pronuncio*

Coronel descontento, general pensionado, ministro despedido, presidente en expectativa: *me pronuncio, me pronuncio, me pronuncio*.

Entonces emito un plan, agrupo a mi alrededor a algunos empleados descontentos, reúno algunos andrajosos, formo un núcleo; detengo una diligencia, me impongo a un desdichado pueblo, asalto una hacienda: *estoy pronunciado*.

Actúo por el bien más grande de la república. ¿Qué tienen ustedes que decir?

Formo una banda, la pereza engorda mis filas, pero leo bien, la fortuna me llega y me encuentro, un poco sorprendido, lo confieso, en la silla de la Presidencia.

Ayer yo era mayordomo en un consulado, hoy soy general; hace cinco años, era el maestro de ceremonias de la carpa de un circo, ahora soy comandante de la plaza de México; hace dos años, era un simple teniente, heme aquí convertido en sustituto del presidente; no tengo nada, los recursos faltan, mis tropas desertan: derribo las cajas del consulado de Inglaterra. ¿Hay algo mejor?

Eso se ve todos los días.<sup>69</sup>

¿Qué clase de país se puede mantener en esas condiciones? ¿Y qué decir de su clase política? El párrafo anterior, citado *in extenso*, retrata lo que Charnay piensa de ella. ¿Gobernantes honrados? De la burocracia

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 52-53.

dice que “absorbe todas las ambiciones: ser o no ser burócrata, resulta para ellos una cuestión de vida o muerte”:<sup>70</sup> y, en ese sentido, tanto liberales como conservadores se comportan de la misma manera. Lo mismo laicos que clérigos o militares.

Afirma tajante, sin dudarle un instante, que en México no se encuentra honradez en sus funcionarios, con una sola excepción: Benito Juárez. Y lo que es más interesante, escribe esto cuando sabe que está desarrollándose la intervención francesa en el país. Cuando él ha contribuido con su libro a crear un “ambiente”; cuando su obra, a decir de Davis, ha sido empleada para manipular a la opinión pública.

De hecho, parecería que Juárez es para Charnay el modelo de ciudadano y gobernante para México ... y es un indio “de sangre india pura, es hijo de sus obras y debe todo a sí mismo”. ¿Es el modelo de un ciudadano liberal? Sí. Y de hombre público. Dice Charnay que la administración de Juárez en Oaxaca y en donde ha estado dejó tras de sí un “perfume de probidad que se respira raramente en México”, porque es un hombre honesto, preocupado por el bienestar de los ciudadanos.<sup>71</sup> Concluye:

no sé si México colocará a Juárez entre sus grandes hombres, pero es seguro que se trata de una personalidad notable. En medio de la penuria de talentos que lo rodea él posee esta probidad tan meritoria en su país, una constancia gloriosa para alcanzar su causa, una obstinación suave, pero infatigable, para doblegar a la fortuna, una dulzura de carácter que tergiversan quienes lo han conocido muy poco. Mucha gente lo estima; en cada ocasión que lo veía, fue muy servicial.<sup>72</sup>

Y, en verdad, no sabe Charnay cuán constante y obstinado llegó a ser Juárez, lo suficiente por lo menos como para conservar, mantener y avivar la lucha para derribar el imperio de Maximiliano. Lo logrará en 1867, y el propio Charnay debió abandonar el país a la carrera.

Pero, ¿los mexicanos son todos así? Charnay afirma que el mexicano es

una figura compleja, difícil de describir; altanero, orgulloso, insolente en la buena fortuna; es llano y servicial en la mala. Sin embargo, es de relaciones fáciles, sobre todo si se le imponen. Su amabilidad exagerada se parece mucho a la amabilidad obsequiosa de la gente falsa. Es bueno y de una cortesía

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 106.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>72</sup> *Idem*.

rara en nuestros tiempos; pero, hombre de instintos antes que nada, se compromete de buen grado con promesas metafóricas que el viento se lleva y de las cuales él nunca se acuerda.<sup>73</sup>

Es el mexicano un sujeto que languidece, lo mismo que el país, pese a poseer todos los climas, producciones y riquezas. Y todo por una sola razón: “le tiene horror al trabajo”.<sup>74</sup> Pero cuenta con una excusa: la falta de educación y de organización social. De hecho establece un símil con la situación de los habitantes de Francia en el reinado de Luis XV: incluso “encontraríamos en nuestro país más miseria y violencia de toda clase”.<sup>75</sup> Sólo la corrupción, que no acaba de ser mal vista en México, carece de valores sobreentendidos y se asemeja a la europea.

Afirma que a los mexicanos les falta energía, que sus pasiones no son similares a las europeas, que el ladrón es aplaudido en todos lados y que es el rey de la situación. El juego, como el robo, es parte de las costumbres. Tolerancia, devoción, valor, patriotismo, fanfarronería tienen significados extraños, ridículos, que no tienen nada que ver con los contenidos que un europeo podría dar a ellos, según Charnay.<sup>76</sup>

Viviendo en medio de esa población mexicana, tan apasionada por las fiestas y por el juego, tan atada a sus viejas supersticiones y a sus viejas costumbres, tan fatalmente ignorante y pretenciosa, tan voluptuosamente enemiga de un trabajo o de un yugo cualquiera, sin administración, sin policía, sin leyes, le pasan a uno extrañas ideas por la cabeza sobre la suerte reservada a esta inmensa república.<sup>77</sup>

La respuesta sólo puede ser una: “*es una bella presa para quien sepa tomarla*”, y es “a Francia [a la que] le estaba reservado sacudir a México de su embotamiento. Pero, para arrancarlo de la pendiente fatal que lo arrastraba hacia Norteamérica, hicieron falta circunstancias extraordinarias: el cataclismo de un gran pueblo y el genio de un gran príncipe”,<sup>78</sup> que reconstruyera el país, que incrementase la riqueza, tendiese vías de ferrocarril, asegurase mercado para los productos franceses, y lograra lan-

73 *Ibidem*, p. 51.

74 *Ibidem*, p. 54.

75 *Ibidem*, p. 80.

76 *Ibidem*, pp. 82-88.

77 *Ibidem*, p. 88.

78 *Ibidem*, p. 89. Énfasis añadido.

zar a México a la prosperidad. A cambio de todo eso, exiguo pago sería —según Charnay— el istmo de Tehuantepec.

En contra de la opinión de muchos intelectuales mexicanos de la época, Charnay da la impresión de preferir como sujetos para el desarrollo a los indios. Afirma con mucha agudeza que, aun cuando las casas cambian físicamente —y seguramente toda una serie de elementos de la cultura también—, en realidad, hay en todos los indios una actitud similar de sumisión, de aplicación al trabajo, debida a que “el nivel de opresión ha pasado ya sobre todas las razas dándoles un carácter común”,<sup>79</sup> lo que es interesante porque apuntaría a elementos comunes, excepto en las sierras, donde se respiraría todavía un aire de libertad.

Además “el indio, de cualquier parte de México que se le tome, libre u oprimido, es triste, silencioso, fatal. Parece llevar el luto de una raza destruida y de su grandeza caída; es un pueblo que muere”, mientras que los negros ríen y bailan, despreocupados e ingenuos.<sup>80</sup> Sólo que, cuando su furia se desata, como en Yucatán, su odio no conoce piedad. Y “la única responsable ante Dios de tantas infamias cometidas en el Nuevo Mundo” es España.<sup>81</sup>

De donde se colige que, “cuando en un pueblo el sentido de la moral se halla a tal punto pervertido que los ejemplos parecidos [que un cura estuviese como *croupier* en un tugurio con una mujer sobre las piernas] no levantan más que algunas quejas discretas de la gente honesta, hay que velarse el rostro y perder la esperanza de salvación de este pueblo”.<sup>82</sup> ¿Estaría el país en un estado de decadencia tal como el que describe Viollet-Le-Duc? ¿Tanto que justificase, como vimos, el que Francia entrase al rescate del país? ¿Se justificaría en el texto, históricamente? Es muy posible.

Como viajero, Charnay vive el aislamiento y la falta de seguridad en los caminos que acarrea la falta de noticias. Por ejemplo, se entera al regresar a la capital de que ya se le daba por muerto. Y, en otra ocasión, un militar en cuyo campamento pernocta le pide informes sobre su familia. Charnay evade la respuesta, pues no sólo se tenía por muerto al militar que había formulado la pregunta, sino que además su esposa había fallecido en la miseria.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>80</sup> *Ibidem*, pp. 150-151.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 114.

Uno de los mayores problemas, una pesadilla constante, son los asaltos y los robos en los caminos. No sólo constituyen una preocupación, sino también un peligro continuo. Sin embargo, casi al final de su viaje, Charnay llega a acostumbrarse tanto a ellos que le resultan naturales, que no le espantan, que se vuelve cómplice de ellos y busca la manera de esconder, como jugando, un reloj. Y lo que más le molesta todavía es la impunidad en que viven los asaltantes de los caminos: como también que la vida de los viajeros esté “a la discreción de las poblaciones indias”.<sup>83</sup>

Sorprende cuando Charnay se comporta como cualquier viajero mexicano y no sólo no se opone a un asalto, sino que lo vive despreocupado, un tanto ajeno:

fogueado por una vida llena de aventuras, asistía indiferente a la escena que se desarrollaba. Hasta experimenté cierto regocijo, pues era el complemento de mi viaje. Sin embargo cuando oí los gritos desgarradores de la pobre muchacha [a la que raptaban] no pude impedirme volar en su ayuda. Ella se echó sobre mí, rodeándome mi cuello con sus hermosos brazos, llorando, suplicando, invocando a su madre [...] ¡Pobre niña! ¡Salvarla! De todo corazón, pero... ¿Qué hacer? Siete hombres armados, solo y sin cuchillo... Estos señores, sin embargo, no emplearon amenazas ni brutalidad.<sup>84</sup>

Ni siquiera se preocupa por presentar una demanda, una queja o protesta, y se conforma con el dicho del cochero de que los plagiarios regresarían a su víctima a los brazos de su madre. Diríase que, entonces, se siente en alguna medida “mexicano”.

#### 4. Las Antiguas Villas del Nuevo Mundo

Cuando Charnay contaba cincuenta y dos años de edad consigue el patrocinio del gobierno francés, del Museo del Trocadero, que acababa de abrir sus puertas, y del mecenas norteamericano Lorillard, para hacer una nueva expedición a México, sin duda, la más importante de su vida y, quizá, la más importante para la arqueología en México. De ella resultará la publicación de una de las obras más importantes sobre el pasado mexicano, hoy injustamente olvidada y nunca traducida en su integridad, aunque sea el libro por el que más se conoce a Charnay: *Les*

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 285.

*anciennes villes du Nouveau Monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale 1857-1882*, aparecido en París, en francés, en 1885.

Parece que cuando Charnay practicaba sus exploraciones, enviaba informes de ellas para su publicación a dos revistas: *North American Review* y *Tour du Monde*. Además hizo llegar más de un artículo o avance de investigación a la *Revue d'Ethnographie* y a la revista *Globus*, con lo que podríamos afirmar que la investigación se dio a conocer, de manera prácticamente simultánea, en inglés, francés y alemán antes de que apareciera el volumen en francés del libro. Dos años más tarde, en 1887, salió una edición en inglés en Harper and Brother, Nueva York.<sup>85</sup>

Hasta donde sé, nunca se ha hecho una traducción completa del texto al español. Y los ejemplares de los que se tenía noticia en varias bibliotecas de la ciudad de México se han perdido, incluyendo la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia y la Biblioteca del Centro para Enseñanza de Extranjeros. Hay ejemplares de la edición de 1887, en inglés, en El Colegio de México y reimpresiones facsimilares, de 1972, en las bibliotecas de los Institutos de Investigaciones Antropológicas y Bibliográficas. Ésa es la edición que empleo.

Se han hecho traducciones, sin embargo, de capítulos aislados de este libro y, al parecer, todos —salvo uno— emplearon la edición en francés: uno de los tres capítulos sobre Tula apareció en *Proyecto Tula (Primera parte)*;<sup>86</sup> el capítulo “La ciudad Lorillard”, en *Yaxchilán: antología de su descubrimiento y estudios*;<sup>87</sup> “Charnay en Comalcalco”, que es la traducción de la visita a ese sitio, vio la luz en *Los ladrillos de Comalcalco*;<sup>88</sup> los capítulos relativos al área maya aparecieron en *Viaje al país de los mayas*<sup>89</sup> y, recientemente, el autor de este ensayo publicó una traducción de los capítulos relativos a Teotihuacán en la *Antología de Docu-*

85 Al respecto, *vid.* Bernal, Ignacio, *Bibliografía de Arqueología y Etnografía Mesoamericana y Norte de México 1514-1960*, y Davis, Keith F., *Desiré Charnay*. Bernal cita una edición de 1887 en Londres, pero no la conozco ni la he visto citada.

86 *Proyecto Tula (Primera parte)*, coordinado por E. Matos M., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1974. La traducción es de René Ocaña y Chantal Schoneller.

87 García Moll, Roberto, y Juárez Cossío, Daniel, *Yaxchilán: antología de su descubrimiento y estudios*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986. La traducción la hizo Teresa Medina.

88 Álvarez Aguilar, Fernando; Landa Landa, María Guadalupe, y Romero, José Luis, *Los ladrillos de Comalcalco*, México, Instituto de Cultura de Tabasco, 1990. La traducción es de José Luis Romero.

89 Charnay, Désiré, *Viaje al país de los mayas*, México, Dante, 1992. No se anota el traductor.

*mentos para la Historia de la Arqueología de Teotihuacán*,<sup>90</sup> aunque no pudo localizar el texto en francés, por lo que se basó en la edición de 1887, en inglés.

Lo que llama la atención es que, en casi todos los casos, se menciona el libro de Charnay como un antecedente, como una curiosidad, sin mayor valor que ése, motivo por el cual suele relegársele a los apéndices. Es probable que ello se deba a que se le considera un texto especulativo, que contiene falsedades o cuya información ha sido ampliamente superada. Pero, si se tuviese un poco de memoria histórica, podría observarse que algunas de sus tesis no han sido rebasadas hasta concluidas las excavaciones arqueológicas de los años cuarenta de este siglo. Y otras no dejan de ser ciertas hoy en día, por lo menos parcialmente. Incluso, en los últimos años se han encontrado más evidencias que apoyan algunas de sus tesis.

Este libro es muy diferente al anterior. Aquí Charnay cuenta con más de cincuenta años de edad y puede hacer lo que había querido: la investigación sobre el pasado prehispánico. Y ciertamente tampoco es joven. El mundo ha cambiado tanto que los territorios de los imperios están bien definidos así como sus zonas de influencia. Él mismo ha vivido la derrota del imperio de Maximiliano, ha viajado por Madagascar, América del Sur, Estados Unidos, Australia y Java. Y todavía le falta conocer Yemen. Ya no hace labor de espionaje, construye ciencia. Realiza labor de erudito.

Su libro resulta apasionante, pero ya no está dirigido al gran público; aun cuando su lectura es muy interesante, abandona las ideas de observación de la “sociedad viva” para concentrarse en el pasado; en ese sentido, significa una inversión de los términos del libro anterior. Por ejemplo, el capítulo dedicado a los indios no nos informa de la realidad que ha visto, sino, sobre todo, de los toltecas y, en general, de sus ideas sobre los indios prehispánicos. No es que no haya datos, sino que resultan proporcionalmente poco numerosos. Describe lo que ve, lo que vive, pero ya no vive tantas aventuras. Al texto le falta chispa pero, en cambio, se llena de imágenes. Ahí está la parte de la “sociedad viva”, en las imágenes, en lo que hoy se llamaría fotografía etnográfica o de “tipos”. Pero falta

90 Gallegos Ruiz, Roberto; Gallegos, José Roberto, y Pastrana, Miguel. *Antología de Documentos*. La traducción es mía, y he empleado la edición de 1887 porque no pude conseguir ninguna otra.



el acompañamiento de un amplio texto escrito. Y, sin embargo, las imágenes resultan hartamente interesantes.

Es tan diferente el mundo que Charnay vive, que no sólo las cámaras fotográficas han evolucionado del sistema húmedo al seco, con lo que se facilita enormemente su trabajo: cuando llega a Veracruz, sólo encuentra al más viejo de sus amigos de *entonces* con vida, los demás habían muerto... Después del tercer nombre, decide dejar de preguntar. Y en todas partes le suceden cosas similares.

Cambia el país que vive y al que viaja. Sin embargo, creo que su trabajo sigue siendo esencialmente un libro de viajes porque, en un siglo de cambio, su manera de mirar cambia conforme los intereses personales y las demandas que su tiempo impone. Y su labor básica será visitar lugares y dar cuenta de ellos desde la perspectiva que ahora escoge, más bien arqueológica, distanciada de la “sociedad viva”, pero atenta a los paisajes que ve, en algunos casos los mismos que había contemplado antes. “Ahora todo era diferente. Mejor preparado en todos sentidos, con conocimientos nuevos, respaldado por patrocinadores influyentes y con numerosos documentos que había logrado recopilar, sentí que, razonablemente, podría arrojar alguna luz sobre alguno de los más oscuros rincones de la historia del hombre”.<sup>91</sup>

Quizá podría pensarse que encontraba el país como vio a Veracruz: “rejuvenecida, más joven, y más animada que en el pasado. Una suave brisa de actividad francesa parecía haber cruzado los mares y haber cambiado todo”;<sup>92</sup> y, sin embargo, instituciones y costumbres como los asaltos en las carreteras se mantenían al cabo de veinticinco años. Pero ahora en algunas partes había ya ferrocarriles. Aunque no repara en ello explícitamente, en las descripciones se puede ver un país con plantaciones y maquinaria, donde se trabaja.

Una de las más importantes transformaciones en las que sí se detiene es en el impacto de los ferrocarriles:

el ferrocarril, es extraño decirlo, ha privado a esta región [el camino de Perote a Huamantla] de los escasos habitantes y el vapor ha hecho a un lado al *arriero* y ha acabado con las largas filas de pesadas carretas, de mulas relinchantes,

91 Charnay, Désiré, *The Ancient Cities of the New World Being Voyages and Explorations in Mexico and Central America from 1857-1882*, Nueva York, Harper and Brothers, 1887, pp. 1-2. Las traducciones son mías.

92 *Ibidem*, p. 5.

con los muleros de pintorescas costumbres y el tintineo de las *madinas* (mulas que encabezan los trenes) [...]. Aquí hago notar una vez más cómo el ferrocarril ha destruido lo pintoresco de los caminos.<sup>93</sup>

En otro texto dice: “el ferrocarril ha convertido a [San Juan] Teotihuacán en una tumba viviente. La plaza está desierta, las tiendas en silencio y las ventanas únicamente se abren con el ruido de las pisadas de algunos burros calamitosos o cuando algún viajero perdido interrumpe su soledad”.<sup>94</sup>

Otro cambio importante del que da noticia es que hay piquetes de soldados en la plataforma de las estaciones: los guardias rurales, de reciente creación. Estos soldados fueron reclutados, informa el autor, de entre la gente sin oficio o entre los desocupados permanentemente, por lo que el gobierno dio una muestra de sagacidad consiguiendo que estos elementos, foco de disturbios, permanecieran en calma porque, además, ellos mejor que nadie conocían las triquiñuelas de los asaltantes.

Y afirma, categórico, que los “pronunciamientos han quedado fuera de moda, ahogados en su origen antes de que pudiesen alcanzar proporciones significativas”.<sup>95</sup>

O, refiriéndose a Yucatán, habla todavía de la “melancolía” que se siente en los caminos, en los pueblos y rancherías destruidos por la guerra de 1848. Y se lamenta del estado que guardan, de la miseria y el abandono que todavía se ven. Algo que es evidente —y que no termina de ser expresado con claridad— es que no tiene miedo de viajar por los caminos por temor a un encuentro con los indios rebeldes. Incluso va a Aké en una volanta acompañado por una dama, lo que hubiera sido impensable en su viaje anterior.

Pero lo que es en verdad mucho más notable es la transformación moral: una nueva vida parece animar a México: la educación, el comercio, la industria y las obras públicas han recibido un fuerte impulso; la seguridad se ha incrementado, la conciencia pública ha despertado, las ideas se han hecho más liberales, el cambio de poderes se efectúa hoy sin disturbios, como antes había sucedido, acompañado y seguido de los siempre presentes pronunciamientos; un sentimiento de buen compañerismo comienza a penetrar en todas las clases

93 *Ibidem*, p. 10. Las cursivas indican palabras escritas en español en el original.

94 Gallegos Ruiz, Roberto; Gallegos, José Roberto, y Pastrana, Miguel, *Antología de Documentos*, p. 259.

95 Charnay, Désiré, *The Ancient Cities*, p. 16.

y la Casa de Gobierno es, en un verdadero sentido real, una Casa del Pueblo, que se llena cada mañana con amigos, empleados, solicitantes.<sup>96</sup>

Valores como la prensa libre y el libre acceso a los gobernantes empezaban a desarrollarse. En cambio, de los indios dice que es fácilmente predecible que no saldrían de su apatía hasta que fuesen educados, que tienen intereses directos y les conviene intervenir en política, que pueden ser un importante contingente para el desarrollo industrial, la política, el ejército, la policía y las ciencias, por su inteligencia despierta. Y ello no sería difícil de lograr porque “están en pie de igualdad con los mexicanos”:

los modernos mexicanos repudian su ascendencia española y están orgullosos de llamarse a sí mismos indios. Pero ¿cuál será el futuro de ellos [los indios]? Olvidando sus humildes y limitadas aspiraciones, ¿anhelarían, como los mexicanos, en vez de un empleo en el gobierno, que los mantendría desocupados, perseguir los propósitos comerciales e industriales?<sup>97</sup>

El problema es si podrían modernizarse, abandonar la superstición, las viejas prácticas que sólo la educación podría borrar. Si podrían ocuparse de las tareas que los mexicanos —preocupados por conseguir empleo en la burocracia— abandonaban a los extranjeros: el desarrollo del país, el acrecentamiento de la riqueza. Porque, de ser así, considera Charnay, se asistiría a un fenómeno novedoso; el que una raza superior, los mexicanos, sucumbiesen ante una inferior, los indios; porque los norteamericanos, dándose cuenta de este fenómeno, empleaban indios y no mexicanos. Pareciera querer sugerir que los indios podrían llegar a ser el sujeto nacional.

Es como si ya no pudieran justificarse, de ninguna manera, los argumentos de conquista que Charnay había sostenido en 1863. Hasta da la impresión de que los rebate. Pero, en cambio, se da cuenta de que otras cuestiones no podrían solucionarse tan fácilmente: los problemas de la modernidad, de la modernización, porque no había una idea clara de cómo resolverlos, como sí se tenía, en cambio, sobre dónde estaba el origen de los problemas: en la dominación española. Es tan insistente en este punto que, diríase, el texto está inserto todavía en la Leyenda Negra.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 20.

Quizá el florecimiento que prevé no esté demasiado alejado de la idea, expresada por Viollet-Le-Duc, de la existencia de una gran civilización, de alta cultura, la india, que llevó a su esplendor a México. Porque en realidad, el sentido del trabajo es, precisamente, hacer historia del pasado, dar cuenta de la grandeza de los toltecas.

Considero que la tesis central del autor es que

estos restos —hallados en Tula— son valiosísimos en cualquier sentido porque su analogía e íntima conexión con todos aquéllos que más tarde habríamos de descubrir, forman los primeros eslabones en la cadena de evidencias respecto a nuestra teoría de la unidad de la civilización Americana, la cual es el objeto a demostrar en el curso de este trabajo.<sup>98</sup>

Y la cadena que le permite establecer esa suposición es la existencia de un grupo humano —del que muchos historiadores niegan la existencia— que está presente en *toda* el área de México y Centroamérica (lo que hoy diríamos es Mesoamérica); un grupo de alta cultura, arquitectos, poseedores de una religión sofisticada y sin sacrificios humanos, de una filosofía muy avanzada, que deja sus huellas en los textos de historia y en lo que hoy llamaríamos restos de cultura material. Ese grupo son los toltecas.

Así, este libro se dedica a probar que los toltecas existen, a mostrar sus características, su importancia y su extensión territorial, para determinar qué sitios y en qué regiones se les puede encontrar y rastrear. Y, para buscarlos, recurre a un método. Primero estudia las fuentes históricas y a los historiadores (y en la lista difícilmente falta alguno, están todos los disponibles: Sahagún, Torquemada, Ramírez, Ixtlixochitl, Veytia, Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Dupaix, Mendieta, Durán, León y Gama, el Conquistador Anónimo, Prescott, Humboldt, Bustamante, Remesal, Clavijero, Mendoza, Le Plongeon, Jesús Sánchez, Chavero, Orozco y Berra, Brasseur, la Commission Scientifique du Mexique).

Luego, por medio de extensas citas textuales, realiza comparaciones con los fenómenos, para aislar lo que serían los toltecas y sus características; y establece símiles que plantean un modelo: compara a la Atenas de Pericles con el Texcoco de Netzahualcóyotl y a Quetzalcoatl lo considera el Zoroastro del Anáhuac. Ubica a los toltecas entre los siglos VII

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 98.

y XI de nuestra era, sugiere que representan el punto culminante de la cultura, y trata de demostrarlo atribuyendo a los toltecas muchos de los rituales y formas de organización de los aztecas narrados por Sahagún.

Después, procede a recorrer el país nuevamente para buscar si hay o no huellas de los toltecas en la cerámica, en la arquitectura, en la distribución de los palacios, en las características arquitectónicas de las construcciones, en la ornamentación, en los motivos decorativos de la cerámica.

Como las colecciones del Museo Nacional no son confiables por su pobreza, y porque considera que están compuestas en su mayor parte por falsificaciones,<sup>99</sup> se ve compelido a acometer excavaciones en distintas partes del país, que es lo que buscaba desde su anterior visita, como dejó escrito en *Ciudades y Ruinas*. Así, excava en Tula, Teotihuacán, el Popocatepetl, Comalcalco, Palenque, Aké, Izamal, Chichén Itzá, Kabah, Uxmal, Chilón, Yaxchilán, Mitla, entre otros sitios.

En algunas ocasiones, no muchas por cierto, hace referencia a las costumbres que ve en la gente que vive en los alrededores de los sitios que explora, especialmente de los indios, y las compara con los materiales que obtiene de las excavaciones, los monumentos y las fuentes, para obtener información. Ello era extremadamente raro en ese momento.

Busca, además, rescatar piezas para formar las colecciones de museo en México, París y Washington, de acuerdo con un convenio firmado con el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública el 1 de julio de 1880.<sup>100</sup> Según el acuerdo, el explorador francés haría las exploraciones por su cuenta y riesgo, pagaría los gastos de un inspector —el ingeniero Lorenzo Pérez Castro— comisionado por el Ministerio para vigilar las excavaciones y llevar un registro de las piezas obtenidas. Éstas pasarían a custodia del Museo en tanto se realizase el reparto que el artículo 9o. establecía en los siguientes términos: “dos terceras partes se adjudicarán a él [a Charnay] y una tercera parte al Museo Nacional”. El artículo 11 establecía la obligación de entregar una colección completa de los vaciados y de las fotografías de objetos “arqueológicos mexicanos”.<sup>101</sup> La autoriza-

99 Es interesante considerar que el crecimiento de las colecciones del Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnografía, así como su especialización y su conversión en una escuela de ciencias antropológicas no se da hasta el segundo lustro del siglo XX. A lo largo del proceso, hay muchas discusiones y polémicas sobre la autenticidad de las piezas que conserva.

100 Archivo General de la Nación, Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 146, exp. 22. El contrato ocupa las fojas 20-23.

101 *Ibidem*, fs. 21-22.

ción para sacar las piezas de México debería darla el Congreso nacional, en el siguiente período de sesiones, porque “esa exportación está prohibida por el arancel vigente”.<sup>102</sup>

La firma de ese convenio será decisiva para la historia de la arqueología en México, porque revela una clara conciencia del valor del patrimonio nacional y, al mismo tiempo, muestra la capacidad para defenderlo en las excavaciones arqueológicas autorizadas a extranjeros. A partir de entonces, fue elaborándose una más atenta legislación sobre monumentos arqueológicos.

Para comprender la importancia de aquel convenio debe pensarse en el caso de Grecia bajo dominio turco, en la misma época, cuando Heinrich Schiellmann realizó una serie de viajes de exploración y de excavaciones arqueológicas, que dieron como resultado los espectaculares descubrimientos de Troya, Micenas y Tirinto, entre 1868 y 1875. El investigador alemán no se planteó la entrega de las piezas al gobierno turco, sino que trató de sacarlas sin haber solicitado ninguna autorización oficial.<sup>103</sup>

Además, la expedición de Charnay aportó innovaciones técnicas. De gran utilidad resultaron las copias en papel maché de los glifos y estelas que encontró, realizadas con fines epigráficos, con la esperanza de hallar la “piedra Roseta” para las inscripciones mayas. Hay que añadir a lo anterior el sistemático empleo de la cámara fotográfica, que facilitó un registro ordenado de las excavaciones realizadas.

Así, la obra de Charnay resulta verdaderamente revolucionaria en muchos sentidos:

- a) Por la extensión que cubren sus trabajos.
- b) Porque tiene una idea que va persiguiendo fijamente y que, de hecho, constituye una hipótesis.
- c) Por el desarrollo de planos y croquis, formas similares de excavación en todos sus trabajos —como el uso de trincheras—, el registro sistemático de piezas obtenidas en las excavaciones, el registro fotográfico de trabajos, monumentos y piezas: es decir, porque dispone de un bagaje

102 El Congreso no otorgó la correspondiente autorización. Sólo en octubre de 1899, se presentó una iniciativa de ley promovida por Joaquín Baranda que, con base en la Ley de Monumentos de 1897, permitiría la exportación de las piezas obtenidas por Charnay. El texto aprobado se publicó en el *Diario Oficial de la Federación* en diciembre de 1899.

103 Ceram, C. W., *En busca del pasado. Historia gráfica de la Arqueología*, Barcelona, Labor, 1961, pp. 48-66.

técnico tan avanzado o más que el que apenas unos años antes y al mismo tiempo estaba desarrollándose en Troya.

d) Por el sistema de apoyos y respaldos, así como por la publicación de informes y obras.

e) Porque se plantea el respeto al patrimonio arqueológico mexicano por las dos partes comprometidas en la concesión: Charnay —que solicita autorización al gobierno federal— y el Estado que, por medio del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, asume la responsabilidad del patrimonio arqueológico, y no se circunscribe en esa tarea —como hasta entonces— a los aspectos fiscales. El convenio servirá de precedente para posteriores ordenamientos jurídicos, como los de 1896 y 1897.

Creo que puede afirmarse, sin lugar a dudas, que nos encontramos ante la primera excavación arqueológica moderna en México.

Terminadas las exploraciones de Charnay, se debate en la Cámara de Diputados si se autoriza o no la salida de los materiales recuperados. Y se decide denegarla, parcialmente al menos. Un par de años después, esa polémica conducirá a la formación de la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, a cargo de Leopoldo Batres.

#### IV. CONCLUSIONES

Quizá la primera impresión que deja este trabajo es que hay un país que se mira desde dos momentos, de dos formas diferentes: por un lado y poco antes del desarrollo de la aventura del segundo imperio, es la visión de la conquista de un nuevo territorio, el análisis del estado de la sociedad, de su temperamento moral, de sus características, de qué puede o no puede esperarse. Y, para el gran público, las justificaciones de la invasión.

El segundo libro es diferente: el autor hace más bien un trabajo de erudito, de análisis de fuentes y de documentos para plantear una hipótesis, a la que dará seguimiento durante todo el texto y que comprueba de una manera verdaderamente novedosa, mediante el recurso a las excavaciones arqueológicas, es decir, por medio de los restos de cultura material. Aun cuando no sea la primera vez que se acomete este tipo de trabajos, sí resulta novedoso el hecho de que se excave prácticamente en toda el área de lo que hoy conocemos como Mesoamérica. Y lo lleva a cabo siguiendo técnicas modernas y de innovación.

No se trata, sin embargo, de dos libros completamente diferentes. Antes bien, creo que sólo se trata de una inversión de términos, porque en ambos escritos aparecen siempre la sociedad presente, viva, y el mundo prehispánico. En el primer caso, el acento se pone en el análisis de la sociedad, independientemente de que tomar fotografías de las ruinas sea el pretexto de la expedición entera. En el segundo caso, bajo una preocupación constante por lo arqueológico, que se convierte en el centro del trabajo, aparecen agudos comentarios, aunque escasos, sobre la situación de los habitantes contemporáneos del país.

Quizá por ello la mirada al presente sea una de las cosas que une a ambos textos. En el primer caso, mirar del presente hacia el futuro, hacia el destino que Charnay veía en el progreso en brazos de Francia, a cambio del istmo de Tehuantepec. En el segundo caso, se trataría del presente visto desde el pasado, desde la existencia de algo común al territorio nacional, más allá de los cambios aparentes que significaba la cultura. Ese presente se explica por la coherencia que dieron los toltecas a la cultura y por la maldición que, según él, representó España para este pobre país.

Sin embargo, no podría decirse que la mirada en los dos libros sea completamente diferente y contradictoria. Se mira de modo diferente al país, porque median más de treinta años entre una visita y otra, pero hay una serie de constantes en los juicios que se hacen: se mira desde los valores del liberalismo económico, es decir, desde la idea de progreso, del desarrollo de la industria, del comercio, de la educación, de los caminos, de la salvaguarda de la propiedad y del surgimiento de un verdadero sentimiento nacional. Pero ese liberalismo no creo que significase apoyar formas democráticas de gobierno.

El sentido de la modernidad parece construido desde los caminos, es decir, desde que el viaja, desde lo que viaja, desde lo que ve. Y ve el conflicto entre mexicanos e indios y parece apoyar, con todo y sus acervas críticas, más a los indios que a los mexicanos, aun cuando es con éstos con quienes platica y a quienes visita.

Piensa en quién y cómo podría introducirse el sentido de modernidad en la población y parece descartar la posibilidad de que los mexicanos pudieran modernizarse. La acusación más grave que les dirige, y no es una casualidad, es que ellos no se hacen cargo del desarrollo de la riqueza de su propio país y sólo buscan un empleo en la burocracia. Eso los condena.



Y también juzga la modernidad por los pronunciamientos, por la seguridad en los caminos, por la generación de riqueza. Y lo que ve es dos países diferentes. Del caos a un principio de orden. Pero el orden es limitado. Los problemas son, esencialmente, diferentes. Requieren soluciones diferentes. Y, sin embargo, ve los mismos sitios, las mismas catedrales y ruinas en su primer y segundo viaje. Pero cuando llega por segunda vez, mucha de la gente que había conocido había muerto ya. Eso mismo le pasa con el país.

Su mirar podría definirse, en un sentido muy laxo, con la elasticidad de las definiciones de la época, como un mirar antropológico. Porque mira la estructura de la sociedad atendiendo a las características que debería tener el pueblo, un pueblo: en este caso dos pueblos, los indios y los mexicanos. Mira sus costumbres y hábitos, como podría hacerlo un etnólogo, aun cuando hay que reconocer que en la época hay algunos muchos mejores. Y se diría que mira además a una sociedad en cambio, en transición, con un lapso de tres décadas.

Pero, al mismo tiempo, mira desde la perspectiva de las ruinas, desde la arqueología, desde el pasado remoto. Mira haciendo historia, porque emplea y discute las fuentes históricas, pero mira haciendo arqueología, porque tiene que emplear objetos de cultura material para resolver sus hipótesis. Y la información que obtiene la interpreta a la luz de las fuentes históricas.

Por lo mismo, ¿qué mira Charnay? Un mundo en cambio permanente, en lucha por el liberalismo, que se expande y se industrializa. Un mundo donde México, Australia, Java, Madagascar, América del Sur o Estados Unidos son otredades que necesitan ser conocidas. Y vistas desde la posición en la que él se hallaba, en el imperio.

Desde el progreso, el atraso, aun cuando intenta entender y no mitificar y no tomar partido en las rencillas políticas inmediatas.

Mira a México desde el imperio y mira a México desde la ciencia.